



Venezuela Indígena

COLECCION
MEMORIAS
VENEZUELA

The image features the text "Venezuela Indígena" in a bold, white, sans-serif font. The text is set against a dark, irregular, splattered background that resembles ink or paint splatters on a white surface. The overall effect is graphic and high-contrast.

Venezuela Indígena

© Centro Nacional de Historia, 2012
Final Av. Panteón, Foro Libertador, Edif. Archivo General
de la Nación, Ofic. Centro Nacional de Historia.
PB; Parroquia Altagracia, Caracas.
Telf.: 0212 - 5095824 / 5826 / 5829 / 5831

CORREO ELECTRÓNICO
cnh@cnh.gob.ve / publicaciones@cnh.gob.ve

PÁGINAS WEB
www.cnh.gob.ve / www.agn.gob.ve

EDICIÓN
Fundación Centro Nacional de Historia

AL CUIDADO DE
Simón Sánchez

COLABORACIÓN
Génesis Torres
Eileen Bolívar

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Aarón Lares / Dileny Jiménez

DIAGRAMACIÓN
Carlos Arteaga

DISEÑO DE PORTADA
Gabriel A. Serrano Soto

IMÁGEN DE PORTADA
Tomado de Jules Crevaux. *Voyage Dans l'Amérique du sud.*
Paris, Hachette, 1883. Colección Libros Raros, Biblioteca Nacional
de Venezuela

CORRECCIÓN
Marietta García

DEPÓSITO LEGAL LF22820129003473
ISBN 978-980-7248-67-9

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

MEMORIAS

DE VENEZUELA

La **Colección Memoria de Venezuela** se propone la edición de textos referidos a la historia venezolana y nuestra americana. Lejos del acartonamiento de los discursos académicos se recupera la posibilidad de una escritura amena y sencilla sobre temas relevantes de nuestro pasado. Difunde artículos ya editados en la revista *Memorias de Venezuela* agrupados por afinidad temática, buscando dar todavía mayor alcance a la reflexión histórica adelantada desde esta importante publicación.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
EL TERRITORIO MARÍTIMO DE LOS CARIBES. TIERRAS Y MARES DEL PUEBLO QUE RESISTIÓ A LA INVASIÓN Y EL GENOCIDIO	17
<i>Ya no rapiña, sino esclavitud</i>	17
<i>Las dos grandes familias antillanas</i>	18
<i>La colonización Caribe de la Tierra Firme</i>	19
<i>La nación Caribe: libertad de movimiento</i>	20
<i>¡Ana Cariná Rótel! (¡Sólo nosotros somos gente!)</i>	23
JOSÉ DIONISIO CISNEROS. EL INDIIO QUE DEFENDIÓ AL REY ESPAÑOL	27
HISTORIA DEL HIERRO QUE VENÍA DEL CIELO. LA NACIÓN YEKUANA DEL ORINOCO	33
<i>Muchas culturas, muchas lenguas</i>	33
<i>Los Yekuana, gente de río, selva y sabana</i>	34
<i>La geografía Yekuana</i>	36
<i>Watunna: saga mítica e histórica de los Soto</i>	37
<i>La Leyenda Dorada</i>	38
<i>La ambición del oro frente a la necesidad del hierro</i>	41
<i>Angostura o Ankosturaña</i>	41
<i>La Funesta Historia</i>	43
ORÍGENES Y PERVIVENCIAS DEL CASABE ENVENEZUELA	49
<i>El casabe en Venezuela</i>	51

LOS ARAWAK: UNA NACIÓN DE NACIONES	57
<i>Dos antiguas familias</i>	57
<i>Protohistoria Arawak</i>	59
<i>Los Maipure-Arawak</i>	61
<i>Los dos Cielos</i>	63
<i>Unas familias extensas</i>	64
<i>Primeros contactos con el mundo europeo</i>	65
<i>La fiebre del caucho</i>	67
LOS CAÑOS PERDIDOS DE LA NACIÓN WARAO.	
UN ECOCIDIO EN NOMBRE DEL “PROGRESO”	73
<i>El árbol de la vida</i>	75
<i>La voz de los ancestros retumba entre los caños</i>	76
<i>La arremetida de la tierra</i>	77
<i>Una cultura enriquecida por los dioses</i>	79
EL PUEBLO BARÉ:	
UN PUEBLO ARAWAKO QUE RESISTE	83
<i>La voz chamánica de la creación</i>	83
<i>El serpenteante Casiquiare se une al Río Negro</i>	84
<i>Actividades económicas de los Baré</i>	85
<i>Las confederaciones multiétnicas</i>	87
<i>Crisis del caucho</i>	88
LOS ANDES VENEZOLANOS Y SUS CULTURAS PREHISPÁNICAS: EL CASO DE LOS TIMOTO-CUICAS	93
GUAICAIPURO LA RESISTENCIA DE UN GUERRERO	101
<i>Un personaje histórico</i>	101

<i>El líder de Los Teques</i>	101
<i>Las incursiones de Francisco Fajardo</i>	102
<i>Don Diego de Losada y el recrudescimiento de la guerra</i>	103
<i>Guaicaipuro y la Batalla de Maracapaná:</i>	
<i>el destino final de la resistencia</i>	105
<i>La crónica de una muerte heroica</i>	106

**ANTES DE LA INVASIÓN: LA VENEZUELA
PREHISPÁNICA. MODELOS PARA
ARMAR NUESTRO PASADO
Y PRESENTE INDÍGENA**

<i>Los primeros pobladores venezolanos:</i>	
<i>cazadores de grandes mamíferos</i>	113

**EL CAMBIO HACIA LA SOCIEDAD
CAZADORA, PESCADORA Y
RECOLECTORA ESPECIALIZADA (I)**

<i>Las costas sucrenses</i>	123
<i>Los grandes concheros y la extracción en los manglares</i>	124
<i>La actividad protoagricultura y los cazadores de tierra adentro</i>	126

**LAS CULTURA PRIMIGENIAS
DEL ORIENTE Y OCCIDENTE VENEZOLANO**

<i>En el Orinoco</i>	131
<i>Los nuevos grupos</i>	133
<i>Otros sistemas</i>	134

**DIVERSIDAD CULTURAL Y TRANSFORMACIÓN
DE LOS GRUPOS PRIMIGENIOS VENEZOLANOS**

<i>La sociedad cacical</i>	141
<i>Los lazos de parentesco</i>	143

¿POR QUÉ MUCHOS AMERICANOS SOMOS “ACHINADOS”?	147
<i>Los orígenes amerindios</i>	148
<i>El ingreso al continente por el Estrecho de Bering</i>	148
AUGUSTE MORISOT: UNA VISIÓN DE LOS INDÍGENAS DEL ORINOCO EN EL SIGLO XIX	151
<i>Un cementerio</i>	151
<i>La libertad, el don más preciado</i>	152
<i>Cerro Pintado</i>	152
<i>La boa según los indígenas</i>	153
<i>Nada los arredra</i>	154
<i>Un capitán maquiritare y su bella nieta</i>	154
<i>Todos conducen</i>	155
<i>Un teatro indígena</i>	155
<i>Los movimientos artísticos</i>	155
<i>Atardecer a orillas del río Atabapo</i>	156
<i>Los gigantes de Atures</i>	156
¿QUÉ SIGNIFICAN LOS PETROGLIFOS?	161
<i>Las representaciones particulares</i>	162
¿CÓMO SABEMOS QUE ES MÁS ANTIGUO?	165
<i>Métodos de datación</i>	165
<i>La estratigrafía</i>	166
<i>Radiocarbono: otro método</i>	166
UN MITO TAMANACO. LA CREACIÓN DEL MUNDO POR AMALIVACA	169

LA HISTORIA DEL CURIOSO MAKUSANI 173

¿LOS CARIBES ERAN CANÍBALES? 185

LA ACTIVIDAD FÍSICA INDÍGENA
VENEZOLANA A TRAVÉS DE LA VISIÓN
DE LOS CRONISTAS ESPAÑOLES 189

*Bartolomé de las Casas reconoce destrezas
de hombres y mujeres indígenas* 189

*Joseph Gumilla admiró el juego de pelota
de otomacos y otomacas* 189

*Felipe Salvatore Gilij dice que los orinoquenses jugaban
a derribar a un oponente inmóvil* 191

*Nicolás de la Rosa: los guajiros mantienen
la pelota en el aire con flechas sin punta hasta tres horas* 193

*Ángel Turrado Moreno comenta las luchas con revancha
de los guaraúnos* 194

Juan Rivero: arqueros desde niños 195

▲ Acontecimiento

■ Personaje

● Testimonio

◆ Concepto

PRESENTACIÓN

...“con toda razón las buenas gentes que somos les llamamos salvajes”.

No podríamos iniciar esta presentación sin hacer mención a estas palabras que dan cierre al poema *Sobre Salvajes*, del escritor y poeta venezolano Gustavo Pereira, quien con una ironía muy sutil, nos muestra la representación que de los pueblos indígenas tienen los hombres que hacen gala de su mundo “civilizatorio”.

En su poema deja por sentado la visión negativa y la ignorancia que se tiene sobre las culturas ancestrales de nuestro territorio. Culturas que han sido invisibilizadas por la historiografía tradicional y por todos aquellos que intentan encapsular su presencia activa a un antecedente remoto y sin participación en los procesos sociales, políticos y culturales de toda la historia venezolana. Por tal razón, y con la firme convicción de reescribir la historia, la Colección Memorias de Venezuela presenta en esta oportunidad, voces de libertad del mundo indígena venezolano, una publicación que suministrará al lector diversos temas que dan muestra de nuevas posturas en torno a los pueblos aborígenes, pudiendo así reflexionar sobre sus costumbres, luchas y resistencias ante los sistemas de dominación.

Este nuevo número, que recopila una serie de artículos del tema indígena en los diferentes números de la revista Memorias de Venezuela, hace mención a los diferentes mecanismos de opresión ideológica que sobre nuestros pueblos aborígenes se han establecido a lo largo de los años. Igualmente, se visibilizan personajes que habían sido suprimidos en los textos de historia; mujeres y hombres indígenas que combatieron por sus derechos no solo durante la época de la invasión sino también durante los diversos procesos de la historia venezolana hasta el siglo XX.

Nuestra historia indígena es contada en estas páginas desde la perspectiva de la inclusión y la democratización de la memoria, objetivos que se han planteado para contribuir al cambio de visión que desde los tiempos de la invasión europea se ha tenido sobre los habitantes de la llamada Tierra Firme. Un ejemplo de ello es todo el imaginario que se forjó por parte de los cronistas e historiadores, quienes se encargaron de reproducir la ideología del dominador, postura que criminalizó la resistencia de los pueblos indígenas.

También encontraremos en esta publicación, algunos mitos y leyendas, así como los patrimonios lingüísticos de las diversas etnias venezolanas, temas que fueron tergiversados, menospreciados y negados en el pasado

reciente. Una maniobra para no reconocer los aportes de dichas culturas en nuestra identidad.

De esta manera, encontraremos en esta edición temas como el territorio marítimo de los Caribes, donde el lector podrá conocer las formas de resistencia de este pueblo ante la invasión y el genocidio español. Igualmente, veremos las formas de represión contra los pueblos Baré, Warao, y nos toparemos con las costumbres y tradiciones de las culturas Yekuana, Arawak y Timoto-Cuicas.

Visibilizar la lucha de algunos personajes que habían sido olvidados o tergiversados en la historia, será la tarea con el texto sobre el cacique Guaicaipuro. Por otro lado, para la reflexión teórica, nos encontraremos con el artículo “Antes de la invasión: la Venezuela prehispánica. Modelos para armar nuestro pasado y presente indígena” y “¿Por qué muchos americanos somos “achinados?”. De esta forma, con la presente edición, nos aproximaremos a las culturas primigenias del oriente y occidente venezolano.

EL TERRITORIO MARÍTIMO DE LOS CARIBES. TIERRAS Y MARES DEL PUEBLO QUE RESISTIÓ A LA INVASIÓN Y EL GENOCIDIO

Al son de guaruras, maracas y flautas, el 20 de octubre de 1520, los indios llamados Caribes iniciaron una sublevación masiva que destruiría los asentamientos de los conquistadores en la costa oriental venezolana, llamada por entonces Costa de Perlas. Untados con onoto, carbón y otras tinturas vegetales, los guerreros Caribe arrasaron el monasterio de Santa Fe, ubicado en Chirivichi cerca de Maracayá, pasando luego al de Cumaná, instalado en las riberas del río Manzanares. Ambos fueron consumidos por las llamas y completamente devastados por la acción de estos hombres sigilosos como fieras. 106 guerreros de las familias Cumanagoto, Tagare, Chaima y los temibles Caribe del Guarapiche, reaccionaban con toda su furia ante los excesos cometidos por el invasor español.

Ya no rapiña, sino esclavitud

Valiéndose de flechas, macanas, guaicas, y la acción del fuego, los guerreros Caribe se vengaban de la creciente imposición foránea de un sistema esclavista y una economía del despojo. Los conquistadores buscaban afanosamente oro y perlas, pero requerían en su

búsqueda adueñarse de la vida y el trabajo de los originarios pobladores de la nueva tierra.

La Real Audiencia de Santo Domingo había decidido en 1519 que la obtención de la riqueza perlífera se hiciera no por “rescate” (que así llamaban la rapiña) sino por explotación directa. La mano de obra esclava, obligada al trabajo hasta la muerte, era la de los indígenas capturados.

Una vez destruidos los asentamientos de los españoles en Tierra Firme, los guerreros Caribe procedieron a envenenar el agua dulce de que se disponía para los habitantes españoles de Cubagua, uno de los florecientes centros de la explotación de perlas.

Los colonos españoles sobrevivientes de Cumaná llevaron las noticias del levantamiento a Nueva Cádiz de Cubagua, y enseguida se dispuso de tres barcos armados para el contraataque inmediato. Sin embargo, al distinguir desde los navíos a los guerreros Caribe dispuestos para el combate, decidieron regresar y dar cuenta a las autoridades de Santo Domingo.

Las dos grandes familias antillanas

Desde muy temprano, los conquistadores pudieron distinguir dos especies de indígenas entre los habitantes de aquellas aguas. Ya los pacíficos lugareños

que conversaron con Colón en el primer viaje, le señalaban que en otras islas había temibles guerreros, que llamaban “canibes” o caribes. Años después se generalizaría la expresión de “caníbales salvajes”.

Había, pues, en estos mares y tierras, unos indios mansos, como los lucayos, o los guaitiaos, de la gran familia arawak, y los peligrosos caribes o caníbales. Unos habitaban en las costas, alimentándose de la pesca: otros eran incontenibles navegantes de ese mar que conquistaron con su nombre para la historia: el mar Caribe o mar de los Caribe.

Los reyes de España, atendiendo a la piedad cristiana, prohibieron la esclavitud indígena desde 1500. Como casi todas las grandes leyes emitidas en la metrópoli, esta disposición dificultosamente se cumplió en los hechos. Pero poco más tarde, en 1503, el rey Fernando emitió una Real Cédula dirigida a combatir la resistencia de la nación Caribe. Los indios Caribe ubicados entre Cartagena y las costas venezolanas podían y debían ser reducidos a la esclavitud. Ser Caribe era ser legalmente esclavizable.

La colonización Caribe de la Tierra Firme

Como estrategia de resistencia y medida de autopreservación, los Caribe, que habitaban

originariamente las islas y las costas de Tierra Firme, se internaron en los territorios de más difícil acceso, colonizando de esta manera numerosos puntos de nuestro actual territorio.

La valentía de los guerreros Caribes y la habilidad de sus gentes para adaptarse a los ecosistemas de la América, les permitieron consolidar espacios geográficos para el ejercicio de su derecho a la autodeterminación. Tal es el caso de la Sierra de Perijá en el Zulia, donde habitan los Yukpa, Barí o motilones bravos y los Wayyú, descendientes directos de estos guerreros, o los Kariña de las llanuras de oriente, cuyas costumbres fueron desconocidas para el mundo no indígena hasta mediados del pasado siglo XX.

La nación Caribe: libertad de movimiento

Remontando el caudaloso Orinoco, los Caribe emprendieron expediciones por las costas venezolanas e islas del mar que hoy lleva su nombre, transportados en embarcaciones con capacidad para cuarenta tripulantes, según informan los cronistas y viajeros de la época.

Éstos testifican haber visto hombres y mujeres adornados con narigueras, zarcillos y collares de oro, dientes de caimán, perlas y otros elementos propios de

las regiones originarias, sumados a penachos, plumajes y diversas tintas corporales. Los detalles del atuendo identificaban el rol que desempeñaba el individuo en su comunidad, y hacían de cada embarcación caribe una suerte de representación política o embajada móvil en el ancho territorio marítimo.

Entre los tripulantes encontraríamos a los remeros, y a líderes o guerreros reconocidos por la comunidad, acompañados estos últimos por sus mujeres. En algunos hombres Caribe era notable el empleo de taparas, caracoles y materiales semejantes para la protección de sus genitales.

La composición de la tripulación nos permite deducir que las expediciones realizadas por los Caribe, además de tener la finalidad del intercambio comercial, cumplían otros servicios, de tipo religioso, bélico y cultural, sentando con ello las bases para la consolidación de un eje de desarrollo que iba desde Borburata a la Península de Paria.

Fabricaban embarcaciones que podían ser de diversos tamaños de acuerdo a su función, siendo las de menor dimensión aquellas dedicadas a la pesca (de aproximadamente 6 metros de largo por 1,5 de ancho), con espacio para dos tripulantes y la presa. Existían

asimismo embarcaciones destinadas al transporte de mercancías o de guerreros que conformaban unidades de combate (de aproximadamente 12 metros de longitud por 2 de ancho). Finalmente, se encontraban las naves de mayores dimensiones (entre 20 y 30 metros por 2,5 de ancho), destinadas al traslado de los principales y su familia, en misión diplomática.

Los Cumanagotos realizaban cantos mientras remaban y prefirieron el cedro (cederja mexicana) y el palo de mora (*cholophora tinctoria*) para la construcción de sus embarcaciones. Por su parte, los Warao del Orinoco emplearon el tronco de carapo (*carapa guianensis*) o el llamado de cachicamo (*calophilum* sp.). Los Caribe asentados en la costa central venezolana, emplearon la ceiba como materia prima de sus embarcaciones.

En algunas regiones, los cronistas mencionan la existencia de velas y quillas en la arquitectura de las embarcaciones, elaboradas con palma de moriche, lo que pudo haber constituido un aporte del pueblo Warao, dada la importancia de ese árbol en su cultura.

Como parte de sus instrumentos de navegación y pesca, los Caribe utilizaron redes, arpones, anzuelos y anclas. Para su orientación en alta mar se guiaban, principalmente, por la posición del sol, y cuando éste se

ocultaba recurrían a la luna y a la constelación de Las Pléyades, que junto a trompetas de caracol y otros recursos sonoros, complementaban los elementos de guía.

¡Ana Cariná Róte! (¡Sólo nosotros somos gente!)

Más que un grito de guerra, éste parece ser el gentilicio originario de la nación Caribe, puesto que las familias pertenecientes a su tronco lingüístico conservan el mismo sentido en sus etnonimias o autodenominaciones.

La nación Caribe nos remite a la unidad política, territorial y cultural que opuso la más fiera resistencia al proceso de invasión española sobre el territorio marítimo que hoy identificamos con su nombre, así como a otras costas del subcontinente americano.

Las evidencias arqueológicas confirman las relaciones de intercambio comercial y cultural entre los grupos que habitaron las costas del Mar Caribe y el grupo de islas que conforman una suerte de escudo sobre la plataforma continental de Venezuela.

La influencia de las técnicas Caribe en la cultura marítima de la región y la intensa actividad de intercambio (principalmente de sal, pescados, medicinas y agua dulce), les permitieron establecer un sistema de alianzas

en toda la zona, que consolidó su poderío como nación guerrera y navegante de los mares.

La presencia de estos hombres y mujeres en casi toda la geografía nacional, nos indica que el territorio de la nación Caribe se definió en base a la creación de espacios interculturales y alianzas matrimoniales, más que por el uso exclusivo de la fuerza.

El principio de autodeterminación de los Caribe se basaba en la capacidad de habitar y defender un territorio. Lo que puede apreciarse en los rituales que regulan sus relaciones sociales y definen las relaciones de poder.

● *“...son los de Santa Marta Caribe, comen carne humana, fresca y acecinada, hincan las cabezas de los que matan y sacrifican, a las puertas, como recuerdo, y llevan los dientes al cuello (como los sacamuelas) por bravata, y ciertamente son bravos, belicosos y crueles; ponen por hierro en las flechas hueso de raya, que de por sí es enconado, y lo untan con zumo de manzanas ponzoñosas y con otra hierba, hecha de muchas cosas, que hiriendo mata.”*

Francisco López de Gómara. Historia General de las Indias. 1554.

● **LICENCIA GENERAL PARA HACER GUERRA, ¡CAUTIVAR A LOS CARIBE!**

“...estando endurecidos en su mal propósito, idolatrando, y comiendo Carne Humana: [los Reyes] Acordaron de dar licencia a cualesquiera Personas, que con su mandato fuesen a las Islas, y Tierra-Firme, para que porfiando los dichos Canibales en referirlos, pudiesen cautivar, y llevar a cualesquiera partes, para venderlos, y aprovecharse de ellos, sin incurrir en pena alguna, pagando el derecho Real, porque trayéndolos entre Cristianos, más fácilmente pudiesen ser convertidos”.

Archivo General de Indias. Sevilla, España. Agosto de 1505.

JOSÉ DIONISIO CISNEROS. EL INDIIO QUE DEFENDIÓ AL REY ESPAÑOL

José Dionisio Cisneros, indígena de nacimiento, monárquico de convicción, se convirtió en el hombre más perseguido por las fuerzas republicanas entre los años de 1820 y 1840. Su vida anterior es bastante desconocida. Se presume que nació en el pueblo de Baruta, el año de 1793, y que perteneció a una familia humilde. Le tocó sobrellevar los avatares de la Guerra de Independencia a través de su actividad como arriero en la región de los Valles del Tuy.

Hombre de profundo arraigo religioso y de inquebrantable fidelidad al Rey, presencié el derrumbe definitivo en Venezuela de la monarquía, que por lealtad y fe seguía con intensa pasión. Cisneros inició su insurgencia realista en 1821, año de la Batalla de Carabobo. Defendría la causa del Rey justo después de la Independencia, durante más de diez años de vida republicana.

Pronto mostraría sus turbios procedimientos, pese a su devoción religiosa. Se convertiría en un guerrillero y bandolero que acompañado por más de mil hombres *"...había devastado pueblos y haciendas en los territorios de Sabana de Ocumare, Santa Lucía, Santa Teresa, Táchata, Charallave... Sus asesinatos, pillajes, raptos y violaciones se*

extendieron más allá de los Valles del Tuy, hasta San Pedro, San Casimiro, San Sebastián de los Reyes, y aun a lugares tan próximos a Caracas como Baruta, El Hatillo y Mariche", refiere el historiador Oscar Palacio Herrera. Su acción de insurgencia o de resistencia antirrepublicana se caracterizó más por la perturbación de la tranquilidad pública que por la obtención de objetivos políticos o geográficos. Su conocimiento de los territorios asediados y su destreza como guerrillero, mostraron su superioridad evasiva frente a las tropas patriotas.

La figura de Dionisio Cisneros se convirtió en un azote. Sus prácticas fueron sometidas a la consideración y al juicio tanto del Libertador Simón Bolívar como del general José Antonio Páez.

En 1827, Bolívar le daría la oportunidad de negociar al firmar un decreto el 12 de enero: "Concedo indulto de toda pena a Dionisio Cisneros, y a todos lo que lo acompañan, con tal que él y sus compañeros depongan las armas y renuncien a la vida errante, y se abstengan de toda hostilidad contra las tropas y habitantes de la República".

No obstante, Cisneros rechazó el acuerdo y prosiguió con su barbarie y su hostilidad contra los pobladores de la comarca. Muerte, raptos y desolación, definirían los

actos del insurgente monárquico. Nuevas medidas se tomarían en 1830 para lograr que Cisneros depusiera las armas, pero ninguna obtuvo resultados positivos. Sólo es en 1831, bajo el mandato de José Antonio Páez, cuando el último defensor del Rey depone sus armas y da por terminada la ferocidad de sus acciones antipatrióticas.

Páez logró capturar a un hijo de Cisneros, niño de sólo cinco años de edad, a quien hizo bautizar como ahijado suyo. El caudillo se convertía así en compadre de Dionisos Cisneros. Bajo estas condiciones, el 17 de noviembre de 1831 se celebró el encuentro entre el centauro llanero y el último realista en armas. Finalmente, se acordó la sumisión del rebelde al gobierno venezolano. El 22 de noviembre se le otorgaba amnistía y se le reconocía el cargo de coronel efectivo de la República.

Desde 1831 Cisneros sirvió como jefe en las columnas republicanas de los Valles del Tuy y de Ocumare. Sin embargo, la conducta mostrada por Cisneros en los años siguientes causó incomodidad entre los demás jefes y los paisanos.

Su adhesión a Páez no le ahorró la expresión de su personalidad hostil y sus acciones violentas, que renacieron progresivamente con los años. Participó en la defensa militar del gobierno durante la Revolución de

las Reformas, entre 1835 y 1836, y en las revueltas de Ezequiel Zamora a mediados de 1846, evidenciando su lealtad al presidente Páez.

A fines de 1846, por negarse a cumplir una orden emitida por el propio Páez mientras combatía contra fuerzas insurgentes en el centro del país, se aprovechó la ocasión para someterlo a Consejo de Guerra. Fue acusado de los delitos de inobediencia, cobardía, motín, pasar correspondencia al enemigo, sedición y expoliación. Tuvo la máxima pena: ser pasado por las armas. El 13 de enero de 1847, a las once y media de la mañana, en la plaza principal del pueblo de San Luis de Cura (Estado Aragua), “el reo fue puesto de rodilla”, y luego de leída la sentencia al público asistente fue fusilado. Contaba con 54 años.

● *Remitido de la sentencia de condena “al último suplicio” dictada al coronel Dionisio Cisneros el 08 de enero de 1847. Caracas 8 de enero de 1847 Sr. Secretario de Estado en los despachos de Interior y Justicia Remito a Usted testimonio de la sentencia pronunciada el día de hoy por esta Corte Suprema Marcial, condenando al Coronel Dionisio Cisneros a la pena de ultimo suplicio por los delitos de insubordinación, sedición y expoliación, para que Usted se sirva presentarlo a S.E. el Presidente de la República, por si tuviere a bien hacer uso de la atribución 21ª del artículo 117 de la Constitución. Soy de Ud. muy atento servidor El Presidente (Rúbrica) Sección 29 Caracas Enero 9 de 1847 No usa el PE de su atribución constitucional – Comuníquese Por SE Cobos Fuentes. Documento ubicado en el Archivo General de la Nación. Sección Interior y Justicia, Tomo CCCLIII. Folio 333 a 337.*

HISTORIA DEL HIERRO QUE VENÍA DEL CIELO. LA NACIÓN YEKUANA DEL ORINOCO

Muchas culturas, muchas lenguas

Hace unos 30.000 ó 40.000 años, antes del Neolítico y de la última glaciación, comenzaron a llegar desde el continente asiático, atravesando el estrecho de Behring y las islas del Pacífico, sucesivas oleadas de naciones que poblaron el continente americano.

Según los especialistas Esteban E. y Jorge C. Mosonyi este hecho explica la cantidad y variedad de lenguas que se hablan en nuestra América, siendo nuestro mapa lingüístico el más rico y complejo del mundo: 1500 lenguas de un centenar de familias diferentes, es decir, una cuarta parte de las lenguas del planeta, se hablan aquí en América. Solamente en Venezuela podemos mencionar, al menos, 32 lenguas indígenas vivas, sin contar las variedades dialectales y las lenguas extintas. Este patrimonio lingüístico nos refleja el mapa étnico del país. En Venezuela existen dos troncos lingüísticos a los que pertenece la mayoría de los pueblos indígenas y sus respectivas lenguas, ellos son el tronco Caribe y el Arawak. Pero hay, además, una serie de familias como la Chibcha, ascendientes de los pueblos andinos, sobre todo de Colombia y Ecuador, y la Tupí-Guaraní, que

cubrió en sucesivas migraciones casi todo el Brasil, extendiéndose por Bolivia, Paraguay, el Río de la Plata y las Guayanas.

Se dice que el “Ñengatú” —una lengua franca que se habla en la frontera de Brasil y Venezuela, una especie de papiamento producto de la confluencia de hablantes del Arawak, el portugués y una que otra voz indígena— tiene sus raíces en el Tupí. Hay otros idiomas llamados “independientes” o “no clasificados”, por cuanto su filiación aún no está clara para los estudiosos de la lingüística; es éste el caso de las familias Guajiro, Piaroa, Puinave, Jodi, Sapé, Uruak, Yanomami y Warao.

Los Yekuana, gente de río, selva y sabana

Los Yekuana son descendientes de los Kariña, los antiguos Caribe que recorrían los mares de nuestro continente y que en tiempos de la Conquista fueron sus más respetados enemigos.

Los Yekuana se autodenominan Soto, el verdadero Hombre, el número 20. Soto son todos aquellos que hablan el idioma Yekuana, de modo que es la lengua, no el color, no la geografía, no la genética, lo que los hace comunidad humana.

Este pueblo, también llamado Maquiritare (hombres de canoa) por sus vecinos Arawak del Casiquiare y el Río Negro, habita en grandes extensiones de selva, sabana y montaña en los estados Bolívar y Amazonas, en las cuencas de los ríos Caura, Eretrato, Merevari, Paragua, Ventuari, Padamo, Iguapo, Cuntinamo y Cunucunuma, todos tributarios del gran río Orinoco.

Los Yekuana son gente de río, de esa gran arteria acuática que comunica los pueblos amazónicos y orinoquenses. Heredaron de sus antepasados Caribe su maestría como navegantes. A diferencia de otros pueblos como el Yanomami, adentrado en selva, construyen su vivienda cerca de los ríos, de los que obtienen el agua para consumo y para sus siembras. Narra la mitología Yekuana que sus primeros seres se originaron en las cabeceras de los ríos, en Ihuruña.

Son también gente de selva, lo que los hace insignes conocedores de una gran riqueza vegetal y animal, así como de sus usos alimenticios, curativos y artesanales. Se conocen como virtuosos tejedores de cestas y artistas de la madera, constructores de las más famosas curiaras y casas, cultivadores de la yuca y fabricantes de casabe, el pan que ancestralmente los alimenta y que como con magia alquímica extraen de la yuca amarga y venenosa. En las sabanas crecen las palmas

de moriche, coroba y muchas otras variedades, de las que extraen aceites, frutos y fibras para sus tejidos. Allí también crían sus animales.

La geografía Yekuana

No se puede hablar de la geografía Yekuana sin mencionar el legendario Marawaka, un cerro de 3.840 metros de altura donde se originaron los frutos primordiales. Así lo narra un mito que es común a otros pueblos como el Pemón, el Jiwi y el Piaroa. Ihuruña es el territorio donde se encuentran las cabeceras de los ríos que conforman la orografía Yekuana, allí nació el primer ser humano hecho por Wanadi, allí se han refugiado los Soto cada vez que han sido amenazados. Allí fundó su nuevo pueblo el sabio cacique Barné Yavarí cuando huyó del acoso evangelizador de las Nuevas Tribus en los años 50 del siglo XX. En una hermosa sabana, cerca de la confluencia del Casiquiare y el Orinoco, se encuentra La Esmeralda o Mereraña, como la llamaron los Soto desde su fundación por encargo del conquistador Solano. Esta encrucijada es paso obligatorio de todo el que viaje hacia las tierras del Alto Orinoco. Allí, entre el Cunucunuma y el Iguapo se levanta el Duida, de 2.400 metros de altura, cerro mágico que emerge en las tierras que fueron escenario del primer encuentro — registrado históricamente — de los Yekuana con representantes del mundo occidental.

Watunna: saga mítica e histórica de los Soto

Jean-Marc de Civrieux, quien tuvo contacto con los Yekuana del Alto Orinoco en 1951, cuando participó como geólogo de la expedición franco-venezolana que exploró por primera vez las fuentes del Orinoco, se dedicó a partir de ese viaje a recopilar con su amigo Yekuana Manuel Velásquez (Dahuase Huma), guía nativo de aquella trascendente expedición, la tradición oral de este pueblo, que fue posteriormente publicada en el libro *Watunna/Un ciclo de creación en el Orinoco*. Civrieux nos explica cómo la figura del conquistador aparece asociada a dos imágenes contradictorias, una luminosa: Iaranavi, la del conquistador bueno, rico, sabio, creativo; dueño del hierro y de aracuzá, el arcabuz, arma mágica que vence a los enemigos. La otra imagen es sombría: la del blanco opresor, ladrón, mentiroso, destructivo, que caza a los indios y los esclaviza: Fañuru. Ambas están asociadas a los dos aspectos de un mismo ser.

Esa misma dicotomía de lo constructivo y lo destructivo enfrentados en una interminable lucha, marca la dinámica de toda la saga mítica e histórica de los Soto, a través de las figuras de Wanadi, el creativo, y de Odosha, el destructor, quien nace de la placenta podrida de aquél. Wanadi, el luminoso, crea los seres humanos, las casas, los pueblos, soplando el humo de

su tabaco (kawai) y sonando su poderosa maraca llena de cristales de cuarzo (wiriki). Odosha, que envidia y odia a Wanadi, es su sombra, lo persigue para destruir todo lo que aquél crea. Wanadi no cree en la muerte, para demostrarlo mata a su propia madre y la regenera en el lago Akúena con el agua de la vida, el akene.

El Watunna, o compendio mitológico de la etnia yekuana, abarca en innumerables narraciones los orígenes del mundo, de los hombres y mujeres, y del propio Wanadi, quien se manifiesta en sucesivos avatares o encarnaciones terrestres. Otros relatos dan cuenta del origen del alimento, la agricultura, la organización social y del trabajo, la artesanía, la medicina, la vida animal y vegetal con sus enseñanzas para los humanos, y un sinfín de momentos en que se incluyen ciertos eventos históricos. En la saga histórica Yekuana, la irrupción y crueldad del conquistador español, hasta la del tirano Funes en el siglo XX, destacan como acontecimientos inolvidables, así como las legendarias luchas con los Yanomami que raptaban a sus mujeres, o la incursión de las Nuevas Tribus que pretendieron trocar su dios por el demonio.

La Leyenda Dorada

No fue sino hasta 1744 cuando aquellas inexploradas tierras, protegidas por sus peligrosos rápidos,

imposibles de navegar, fueron penetradas por el jesuita Manuel Román, quien astutamente rodeó los famosos raudales de Atures y Maipures, y siguió remontando hacia el Orinoco arriba. Fue enorme su sorpresa cuando se encontró con unos mercaderes portugueses que navegaban tranquilamente el Orinoco, pensando que era un afluente del Amazonas y que por tanto navegaban en territorio de la Corona Portuguesa. Román los siguió de regreso y comprobó que existía un brazo de agua que comunicaba los dos grandes ríos. Al principio nadie le creyó, pero 13 años después, en 1759, la Corona envió una "Comisión de Fronteras" integrada por Francisco Fernández de Bobadilla y un destacamento de soldados enviados por el Marqués de Solano, el cual se asentó en San Fernando de Atabapo, con el fin de verificar la misteriosa comunicación entre los ríos Orinoco y Amazonas a través del caño Casiquiare.

Cuando el cacique Warema, desde el oriente del Cerro Duida, observó a estos temerarios exploradores que portaban el hierro materializado en herramientas, lleno de admiración por su hazaña y su tecnología, estableció con ellos una alianza. Los llamó Iaranavi, gente extranjera creada por Wanadi. Éstos le darían protección armada contra sus enemigos, mientras los Soto los proveerían de alimentos y otros elementos indispensables para la sobrevivencia en aquellas tierras. Pero por

encima de todo les proporcionarían la información que requerían para la próxima exploración de aquel territorio. Los viajeros se fueron con el compromiso de volver.

Un año después regresaron los Iaranavi comandados por el geógrafo Don Apolinar Díaz de la Fuente —también enviado del Marqués Solano—, quien ofreció a Warema defender a su pueblo de las incursiones de los Caribe —quienes allanaban aquellas tierras en busca de prisioneros para ser vendidos como esclavos a sus aliados holandeses del Esequibo, quienes a su vez los protegían de los españoles— y de las expediciones portuguesas que subían por el Casiquiare, infiltrándose en los territorios del Rey de España. Pero pidió a cambio que Warema y su gente se convirtieran al cristianismo, jurando fidelidad al rey y fundando una aldea cuya patrona sería Santa Gertrudis. En ese mismo lugar los españoles construirían el fuerte de Buenaguardia, para la protección de sus nuevos súbditos. Los conquistadores, además, explotarían el cacao silvestre del Alto Padamo. La alianza quedó sellada con una gran fiesta en la que intercambiaron sesenta canastos de cacao por machetes, cuchillos, anzuelos, las mágicas aracuzas, telas, camisas y otras mercancías creadas en el Cielo de Wanadi, así lo veían los Soto.

La ambición del oro frente a la necesidad del hierro

Cuando Don Apolinar observó que el suelo que pisaba estaba lleno de cristales de cuarzo sus ojos vieron esmeraldas, y en los filones de las piedras lo que vio fue oro. La sed por el oro, por parte de unos, y la necesidad del hierro, por parte los otros, terminó de consolidar la alianza y el sueño de construcción de un próspero pueblo que se llamaría La Esmeralda (Mereraña), muy cerca de donde quedaba el puerto de curiaras donde tradicionalmente los yekuana, comerciantes por naturaleza, intercambiaban sus mercancías con otros grupos. Grande fue el entusiasmo con el que Warema y Warapa, los dos caciques Soto, unidos a su gente, construían las casas que conformarían aquel próspero pueblo.

Hasta aquí, lo que Civrieux llamó la “Leyenda Dorada del Descubrimiento”: el pueblo nunca se terminó de construir, la fortificación fue abandonada y el entusiasmo de los Yekuana se trocó en desilusión. El rey ordenaba otro destino para sus hombres, la construcción de una poderosa villa fortificada en el Bajo Orinoco, Angostura, capaz de proteger toda la Guayana Española de sus enemigos Caribe y sus aliados los holandeses.

Angostura o Ankosturaña

Warema, el famoso cacique del Alto Padamo, fue invitado por Bobadilla a conocer esta flamante ciudad

que aparece en la mitología Yekuana bajo el nombre de Ankosturaña, hoy Ciudad Bolívar. Warema contempló maravillado aquel paraíso del Hierro y pensó que aquellas tierras eran otra creación de Wanadi. Atónito presenció la febril actividad que transformaba el hierro en ventanas, la madera en puertas y la tierra en casas, centenares de casas. Conoció los caballos y las vacas y después de ser recibido, junto a otros caciques de otros pueblos indígenas, por el gobernador de la villa, Don Sebás Moreno de Mendoza, regresó a su aldea en una curiara cargada de tesoros, y su imaginación preñada de relatos que la gente Yekuana no se cansaba de escuchar y que han sido transmitidos como herencia literaria hasta el día de hoy en la saga de Ankosturaña.

En los años 1765 y 66 Ankosturaña era una ciudad floreciente. El nuevo gobernador de la Guayana, Manuel Centurión, decidió reanudar un viejo proyecto: la búsqueda del Dorado en Manoa y en el Lago Parima, para lo cual ordenó que se retomara la construcción de La Esmeralda, que sería el bastión para combatir a los Caribe y holandeses, impidiéndoles llegar a Manoa. Para esta misión se puso a la orden Don Apolinar, el amigo de los Yekuana.

Los capuchinos habían obtenido del Marqués de Solano el permiso para evangelizar el Alto Orinoco y

el Río Negro, en contra de la voluntad del gobernador Centurión. Sin embargo, cuando llegó el fraile Jerez de los Caballeros, Warema y su gente lo rechazaron y a éste no lo quedó más remedio que retirarse.

La Funesta Historia

En 1767 llegó Don Apolinar Díaz de la Fuente con una fuerza militar para fundar la villa Esmeralda. Lo primero que hizo fue visitar a Warema, pero éste se negó esta vez a la fundación de la villa. El jefe español, indignado ante la negativa, mandó a sus soldados a reclutar a la gente de Warema y a obligarlos a construir una docena de chozas. Aquí comienza la Leyenda Negra, la época de Fañuru (derivación fonética de "español"), gente de Odosha contrapuesta a Iaranavi, gente de Wanadi. A este atropello se sumó la reincidencia del padre Jerez, quien esta vez catequizó a la gente por la fuerza, prohibiendo las prácticas rituales de la religión Yekuana y despreciando su cosmogonía, tal como lo hicieron las Nuevas Tribus doscientos años más tarde.

En la mitología quedaron los Padre (padres) como unos demonios bajo el mando de Fañuru (español). Por su parte, el Padre intentó erradicar la figura de Wanadi, creando el ardid de que éste había sido llevado por los Padre a la ciudad de los españoles — Caracas o Karakaña en lengua Yekuana —, y que allí había sido

crucificado y muerto, por eso ahora debían adorar a Cristo. Lo que no sabía el Padre Jerez es que Wanadi, dios inmortal y poderoso, no podía ser vencido, aunque harto de los demonios que lo perseguían incesantemente, huyó de la tierra.

Posteriormente, los demonios armados avanzaron por el río Caura invadiendo las tierras yekuana y en 1775 avanzaron por el Erebato, el Votamo y el Padamo, con la intención de establecer una ruta comercial entre La Esmeralda y Ankosturaña. En esa oportunidad construyeron 19 fuertes a lo largo de la ruta, atropellando a mansalva a sus pobladores. Cuenta la leyenda que un poderoso chamán, Mahaiwadi, organizó a su pueblo para la resistencia, logrando con su voluntad y sus poderes mágicos rechazar a los conquistadores. La victoria fue rotunda, puesto que los Fañuru nunca más intentaron invadir estas tierras.

Tiempo después los Soto reconquistaron el hierro, pero esta vez por vía pacífica y de manos de los holandeses, los Hurunko, hechos también por Wanadi. La saga Yekuana relata cómo los Soto espionaron a sus enemigos los Caribe (Matiuhana) para descubrir la ruta del Hierro, hasta llegar a la región de Esequibo (Amenadiña), la tierra conquistada por los colonos holandeses. Una ciudad llena de riquezas que quedaba en la orilla de la

Tierra. Allí empezaba Dama, el mar donde flota luminoso Motadewa, el Cielo de Wanadi.

● CUANDO LOS FAÑURU TOMARON ANKOSTURAÑA, DIJERON

-Ahora somos los dueños. Somos ricos, tenemos arcabuces y machetes. Vamos a conquistar nuevas tierras. Vamos a matar a la gente de Wanadi. Entraron al monte por el Orinoco, por el Caura. Venían a robar, a matar, nada más. Unos llegaron a Marakuhaña, donde habían vivido sus padres. Otros llegaron a Meraraña. Pusieron allí sus soldados, sus cañones, su pólvora. Hicieron presos a los hombres, forzaron a las mujeres. Hacían trabajar a la gente y no le pagaban. Muchos morían. A Meraraña llegó un Padre. Trajo Cruza ake [la cruz] y dijo a nuestros abuelos que Wanadi había muerto. Que no era Wanadi, que era Odosha que se hacía pasar por Wanadi. Por eso lo mataron. En ese palo lo mataron. Somos dueños de todo, dijeron. Nuestros abuelos no creyeron. Ellos sabían que era engaño. Sabían que aquellos hombres eran malos. ¿Cómo hacemos? Se preguntaban. Ellos son fuertes, tienen aracuzas, nosotros sólo flechas. Mahaiwadi, un antiguo piache de mucha sabiduría, tocaba maraka, cantaba, fumaba. Sacó su espíritu. En las bocas de los ríos, echó hojas de tabaco, cristales wiriki. Llamó a los mawadis, espíritus del agua. Botó su maraka y se escondió en la selva. Las curiaras de los Fañuru trambucaron los mawadi se los comieron. Otros huyeron al monte. Mahaiwadi dejó su cuerpo dormido en el chinchorro y se cambió en jaguar. Así se comió uno, y otro y otro. Luego avisó a la gente: -Ya pueden salir de las cuevas, los Fañuru están en mi barriga. Cuando despertó se volvió pájaro, alzó vuelo y cantó: libre, soy libre. Así cantó. Cuando murió, una estrella atravesó los cielos. Dicen que era su espíritu que regresaba a su Casa. Cada vez que vemos caer una estrella, lo recordamos.

Texto basado en el Watunna. Un ciclo de creación en el Orinoco, de Marc de Civrieux.

● LLEGARON A UN PUEBLO LLAMADO AMENADIÑA

En la boca del Aménadi. No era un pueblo de Soto era un pueblo de espíritus. Su jefe era Hurunko, amigo de Wanadi. Con sus grandes barcos visitaba Motadewa, el pueblo celeste de Wanadi. Iban vacíos y regresaban llenos de mercancía del Cielo que descargaban en las orillas de la Tierra. Iban, regresaban. Iban, regresaban. Wanadi tiene montones de mercancía para los hombres buenos. Hurunko y su gente son comerciantes. Sólo ellos pueden navegar en Dama [el

mar]. Los Matihana también conocen el secreto, navegan en Dama con sus piraguas. Pero no llegan hasta el Cielo, sólo pueden hacer la travesía interna.

Texto basado en el Watunna. Un ciclo de creación en el Orinoco, de Marc de Civrieux.

● UN DÍA, POR DONDE SALE EL SOL, LLEGÓ UN INDIO A MARAKA

Era un makushi. Traía una escopeta, anzuelos y machetes. Nuestros abuelos se pusieron felices, aquel hierro brillaba. -¿Dónde lo conseguiste? —le preguntaron nuestros abuelos—. ¿Has estado en Ankosturaña? ¿Conociste a Fañuru? -No, sólo conozco a los Matihana. Tienen canoas repletas de hierro. Vienen de muy lejos, de allá del otro lado. Nosotros negociamos con ellos. -Nosotros somos gente de río —dijeron nuestros abuelos—. Sabemos hacer canoas. -Ah, ustedes lo que quieren es hierro —así dijo el indio y se quedó callado. -Si nos das sahadidi [hierro] te daremos canoas. Continuaron diciendo los abuelos. Hacemos casabe también, tenemos perros cazadores y curare para envenenar las flechas. -Ya escuché —así dijo el indio, no dijo más. Kaihuhu Waitie, el jefe de la casa de nuestros abuelos, mandó preparar mucha comida y iarake, la bebida de yuca fermentada. Entraron todos a la casa, se emborracharon y cantaron juntos. Entonces el indio makushi dijo: -Esta casa y los conucos son bellos. Ustedes me dan la casa y los conucos y yo les daré el hierro.

Texto basado en el Watunna. Un ciclo de creación en el Orinoco, de Marc de Civrieux.

ORÍGENES Y PERVIVENCIAS DEL CASABE EN VENEZUELA

Cuenta un mito indígena que a la muerte del hijo de un cacique, el muchacho fue enterrado con gran dolor por sus familiares, y que un tiempo después creció una raíz en el lugar donde se encontraban sus restos. Esa raíz fue llamada manioc, o mandioca (pues muchacho se decía manic). Fue ella la que los aborígenes transformaron en el casabe. Un poético simbolismo se expresa en este proceso: el tránsito de la muerte a la vida. La metamorfosis de una planta venenosa (la yuca amarga) en un alimento que modificó sustancialmente la vida de nuestras comunidades primigenias.

Conviene recordar que se conocen dos variedades principales de la *Manihot Esculenta* o yuca: la “yuca brava”, cuya concentración en glucósidos cianogénicos es muy elevada, lo cual la hace venenosa si se consume en estado natural, y la “yuca dulce”, con baja o mínima concentración de HCN. La tecnología desarrollada por el indígena de las zonas tropicales bajas logró descubrir la manera de extraer la mayor parte del veneno de la “yuca brava”, en un principio exprimiendo a mano la masa rallada o machacada, y posteriormente mediante la utilización del sebukán.

El prodigio logrado por nuestros ancestros al lograr eliminar el componente tóxico (ácido cianhídrico) de la planta, para producir un alimento tan versátil por nutritivo y no perecedero, puede considerarse un enorme salto cultural que repercutió profundamente en la vida de esas comunidades. Su trascendencia sociocultural, económica y política, consiste en que dotó por primera vez a estos grupos de un alimento que podía ser almacenado por largo tiempo, constituyéndose en importante elemento de intercambio como incentivo para su movilidad horizontal, al tiempo que les permitió acceder a un nuevo estadio de sedentarismo. De cualquier modo, a diferencia del maíz, el bajo contenido proteínico de la yuca determinó a nuestros aborígenes a una mayor dependencia de la caza y de la pesca.

En torno al origen de la domesticación de la yuca y de la producción del casabe se tejen diversas hipótesis. Una de ellas ubica los inicios del cultivo en las sabanas secas de Venezuela (litoral de Paria), que serían uno de los centros originarios de esta domesticación. Otros sitúan ese origen en la región Orinoco-amazonense; sin embargo, la teoría más aceptada hasta el momento postula sus inicios en la región de Rotinet, en el Bajo Magdalena (Colombia), partiendo de datos arqueológicos basados en restos de budare que datan del 2240 antes de nuestra Era.

Dondequiera que se haya producido su advenimiento, lo cierto es que el cultivo y transformación de la yuca amarga en casabe y otros productos, generó cambios trascendentales en la vida de nuestros aborígenes, quienes han debido pasar por procesos de acumulación de conocimientos, observación, e infinidad de ensayos, dando muestra de su capacidad de adaptación sustentable y armónica al medio ambiente.

El casabe en Venezuela

En Venezuela se asocia el cultivo y consumo de la yuca amarga a los grupos indorinarios de la Tradición Barrancas (Bajo Orinoco) 3.000 años antes de nuestra Era, a la Tradición Ronquín (Orinoco Medio) 2.600 años antes de nuestra Era, y la Tradición Arauquín (nuevos grupos que habitan la región del Bajo Orinoco) entre 300 y 500 años de nuestra Era. En todos estos períodos se encuentran restos de rallo de piedra y también de budares.

En el Bajo Orinoco, al Este de Venezuela, las primeras evidencias sobre la utilización de esta novedosa tecnología se remontan a comienzos del primer milenio antes de nuestra Era, asociadas con los grupos humanos de la llamada Tradición Barrancas. En el Orinoco Medio aparece el cultivo de la yuca amarga, bajo la forma de mañocoo casabe, alrededor del 650 antes de nuestra Era.

Desde tiempos muy antiguos se introdujeron en el Bajo Orinoco grupos humanos provenientes de la vertiente oriental de los Andes peruanos, conocidos como la Tradición Cotoch o Chavin. Ellos aportaron a los primeros pobladores de aquella zona conocimientos de alfarería, entre otros saberes. Estas nuevas comunidades, pertenecientes a la cultura conocida como Tradición Barrancas, alcanzaron un importante desarrollo económico y social producido por el cultivo vegetativo de la yuca amarga. En el primero y segundo milenio de nuestra Era, las culturas del Orinoco se expandieron hacia la costa nororiental, gran parte del litoral central y las Antillas Menores.

Las diferentes comunidades que elaboraban el casabe utilizaron métodos y utensilios muy parecidos entre sí. Existen evidencias de que en los lugares donde se producía el casabe en época anterior a la presencia europea, como en los actuales Puerto Rico, Cuba, Belice, Santo Domingo, Haití, se operaba con técnicas similares.

En las regiones donde se procesaba la yuca para la producción del casabe, como la región Orinoco-amazonense y el litoral de Paria, entre otras, se han encontrado budares, tanto de lajas de piedra como de arcilla cocida. Seguramente los de gran tamaño, de 70 a 90 centímetros de diámetro, eran los que se usaban para la elaboración

del casabe, en tanto que los de menor tamaño se reservaban a la fabricación de arepas.

Es de destacar la aversión que sintieron los primeros conquistadores europeos por el casabe a su llegada a tierras americanas. Girólamo Benzoni refiere que “al comerlo me da la impresión de comer tierra”. Para Fray Bartolomé de la Torre, comerlo “es como quien masca aserraduras de tabla... ello es muy ruin comida y hincha mucho y sustenta poco, este es el pan de la tierra y el alimento de los naturales de ella”.

A lo largo del tiempo, la cultura del casabe ha pervivido en nuestras tierras casi sin modificaciones, pese a la introducción de innovaciones desde la época misma de la Conquista española hasta el presente. El material de construcción de algunos artefactos usados en el proceso fue cambiando de acuerdo a la utilización del casabe como alimento para las actividades de conquista. Los españoles en las Antillas inmediatamente adoptaron la yuca como sustituto del trigo y antes de 1550 habían introducido la “prensa de tornillo”, como un sistema más eficiente que el sebukán. Para 1648, en Brasil se había introducido el “rallo circular giratorio” de impulsión manual. Actualmente, en nuestro país existe tanto la producción artesanal como la industrial del casabe.

Utensilios empleados en la elaboración del casabe

◆ **EXPRIMIDOR (SEBUKÁN, EN LENGUA GUAJIBA)**

Tejido tubular alargado, con un asa en cada extremo, utilizado para extraer el líquido venenoso de la “yuca brava”. Al halar ambos extremos del tejido, éste se comprime y se adelgaza haciendo que la sustancia tóxica salga por la trama.

◆ **CARGADOR (CATUMARE, EN LENGUA)**

Canasto para transportar la yuca desde el lugar de la cosecha hasta la vivienda, elaborado en palma de moriche y bejuco entrelazado.

◆ **RALLO (TARUDE, EN LENGUA YEKUANA)**

Superficie de madera cuya parte superior es texturada por pequeñas piedras afiladas y dispuestas de manera organizada formando una trama perfecta, que recibe la yuca y permite que sea rallada y desmenuzada hasta volverse masa (catebía).

◆ **CEMIDOR (URUTUBA, EN LENGUA PIAROA)**

Cedazo o tamiz para cernir la masa de la “yuca brava” que ha sido anteriormente escurrida en el sebucán, seleccionando las partículas gruesas y fibras de la harina fina.

◆ **TIESTO (BUDARE O BUREN EN LENGUA INDÍGENA)**

Superficie plana de forma circular, de 80 centímetros de diámetro aproximadamente, hecha en barro cocido, con una estructura interna de cañas o bejuco y con acabado liso y de color negro mate o rojizo, montada sobre una base de piedra o arcilla (topia), donde se introduce el fuego.

◆ **PALETA**

Pieza de madera en forma de espátula para despegar los bordes de la masa del budare donde está siendo cocido el casabe.

◆ **TEJIDO**

Tejido ralo de fibras naturales, que sale de una sola hoja de palma entrelazada, utilizado para darle vuelta al casabe una vez que se ha cocido por uno de los lados.

LOS ARAWAK. UNA NACIÓN DE NACIONES

Dos antiguas familias

Miles de años antes de nuestra era, poblaciones enteras surcaban el continente desde el Sur. Los hallazgos arqueológicos, y entre ellos especialmente la cerámica, han permitido a los científicos fabricar hipótesis acerca del recorrido y las actividades desempeñadas por estos pueblos en la construcción de sus vidas. El Orinoco fue la gran vía de penetración de estas poblaciones agro-alfareras. Oleadas de gente subían por el río Madeira de Brasil hasta los Andes. Algunas se establecieron en el piedemonte andino. Otras ascendieron navegando el Río Negro y poblaron la parte media y baja del Orinoco, aunque otros grupos continuaron la ruta hacia el Mar Caribe. De todas estas familias, las que lograron mayoritariamente arraigarse y expandirse en el territorio venezolano fueron la Arawak y la Caribe, sin descartar —aunque aparentemente en menor grado— los pueblos de las familias Tupí-Guaraní.

Los Arawak se asientan en estas tierras unos 1.000 años antes que los Caribe. Las relaciones entre estos pueblos, sobre todo las que atañen a los Caribe y los Arawak, a pesar de sus momentos de tensión, han sido a lo largo de la historia también cooperativas. Es muy

posible que las poblaciones Caribe de las Guayanas, por los años 1.500 antes de nuestra era, hayan adoptado la agricultura de la yuca desarrollada por los Arawak.

No podemos, sin embargo, obviar momentos históricos de terribles consecuencias, especialmente para la familia Arawak, cuyos miembros varones fueron prácticamente borrados de las Antillas por aquellas incursiones Caribe en busca de esclavos, ocurridas justo antes de la invasión europea. De aquel duro episodio nació una descendencia caribe- arawak en las islas, hijos de padres Caribe y madres Arawak. No obstante, la lengua que perduró en las islas fue el Arawak, el idioma con que las madres criaron a sus hijos.

Otra coyuntura histórica fue aquella en la que Caribe e invasores holandeses se aliaron en resistencia contra los representantes de la Corona española y sus aliados, entre otros, Arawak. Estos dos episodios sirvieron como argumento a la dominación colonial para estigmatizar, mediante una Real Cédula, como “caníbales” a los Caribe, justificando su captura como esclavos y fomentando su enemistad con otras etnias coterráneas.

Pero la historia está también marcada por momentos en que los descendientes de estas dos familias han sorteado y padecido un destino común. Quinientos

años después, ambas familias siguen siendo vecinas y guardando estrechas y solidarias relaciones en las tierras amazónicas que bordean el Alto Orinoco y el brazo Casiquiare. En La Esmeralda, legendario pueblo de población Yekuana, ubicado en la confluencia Orinoco-Casiquiare, conviven desde hace al menos dos décadas familias de origen Arawak con familias de la comunidad Yekuana.

Protohistoria Arawak

Los Arawak o arawacos (arahuacos), también llamados aruacos, arbacos y arawaks, pertenecen a una familia lingüística muy antigua y numerosa que se extendió desde el Amazonas Central, entre los 3.000 y 7.000 años antes del presente, por las vastas regiones del continente americano, ocupando las cuencas del Orinoco, Amazonas, Paraná y los sistemas insulares del Caribe.

Incluye esta gran familia a los Taínos de las Antillas Mayores y las Bahamas, los Nepoya y Suppoyo de Trinidad, los Ingerí que se extendieron por las Antillas Menores y desde la Sierra Nevada de Santa Marta en Colombia hasta el Brasil. Se ha comprobado que los Wayúu, actualmente ubicados en la Sierra de Perijá, proceden de esta familia, así como la familia Chané ubicada en el Noroeste de Argentina.

Según el antropólogo Donald Lathrap, la familia Arawak se vio obligada a emigrar de la planicie inundable del Amazonas debido al progreso obtenido en el cultivo de tubérculos, lo cual tuvo como consecuencia un aumento demográfico que los llevó a buscar tierras de ecosistemas similares para su expansión, y de este modo fueron llegando en oleadas poblacionales a la cuenca del Orinoco. Una situación parecida, dado el ambiente favorable de la cuenca orinoquense para un nuevo crecimiento poblacional, generó sucesivos movimientos migratorios hacia la costa venezolana y después hacia las Antillas, Cuba, La Española y la Florida.

La etnóloga venezolana Alberta Zucchi también ubica el origen de los grupos Arawak en el Amazonas Central, pero propone una fecha entre los 6.000 y 5.000 años antes del presente y adjudica a las migraciones causas de origen climático: tres períodos sucesivos de sequías, y la llegada de otros grupos en busca de mayores recursos para su sustento. Supone Zucchi que un grupo de esta familia lingüística se asentó hace aproximadamente unos 4.200 a 3.800 años en la zona baja del Río Negro. A este grupo pertenecen los Maipure-Arawak, cuyos antepasados, debido a otra ola de sequía, se vieron obligados a ampliar su territorio y a complejizar su tecnología para mejorar su producción agrícola. Se dice que fueron los Arawak quienes

desarrollaron el cultivo de la yuca, tan extendido en las culturas de filiación Caribe.

No existe un solo criterio acerca de los movimientos, los asentamientos y la composición de los grupos humanos en nuestro continente. Son muchas y dispersas las teorías, más aún cuando hablamos de los Arawak, por la complejidad de sus constantes travesías y rutas migratorias, en permanente adaptación a las condiciones de los cambios climáticos, a sus necesidades de expansión y a otros eventos históricos como los diferentes contactos con otras culturas de Indoamérica y de Europa.

Los Maipure-Arawak

En el caso de Venezuela, Colombia y Brasil, la cultura Arawak se expresa en una diversidad de etnias que forman una unidad cultural, con variaciones sociopolíticas y lingüísticas, fruto de un engranaje que la extiende y concentra a lo largo del tiempo. Sólidamente hilvanada por una capacidad de asociación creativa basada en simientes ancestrales, genealógicas y religiosas, esta dinámica nos lleva a hablar no de una nación sino más bien de una nación de naciones.

La antropóloga Silvia Vidal habla de “Confederaciones multiétnicas”. Consolidados a lo largo de la historia

por un sistema exogámico y de alianzas matrimoniales —intra y extra grupales—, los pueblos Arawak se han configurado como una red expansiva de relaciones comerciales, culturales y políticas, no sólo con los grupos indígenas sino también con europeos blancos o mestizos que adoptaron este modo de emparentamiento mediante alianzas matrimoniales.

No menos fundamental ha sido, en la construcción histórica y resistencia cultural de estas sociedades, el arraigo de los sistemas políticos, tanto locales como regionales, al chamanismo ancestral fundamentado en la religión del Kúwai, un chamanismo que es conocido en el mundo político de los jefes criollos por su gran efectividad.

Los Baniva y los Kurripaco o Wakuénai, junto a los Baré, Piapoko y Warequena, son miembros de la familia Maipure-Arawak y se ubican al Sur de Venezuela en los municipios Atabapo, Maroa y Río Negro del estado Amazonas, a lo largo de la frontera Norte-Sur con Colombia, en una región que alterna tierras inundables y sabanas. Todos estos grupos ubican su origen en el caño Wapui, cerca del raudal de Jípana, llamado "Ombligo del Mundo" y afluente del río Ayarí de Brasil. De allí sacó el héroe Ñapirrikuli (Nápiruli), a través

de los agujeros de unas ollas de barro, a los diversos pobladores de la tierra.

Los dos Cielos

En la cosmovisión de estos pueblos existen dos Cielos o Mundos. El primero está regido por el creador Iñapirrikuli, su esposa Amarru, los hermanos de ésta y sus antepasados. Es en este Cielo donde ocurre la creación de los primeros “animales-pensantes”, como los llama González Nãñez. A este primer Cielo corresponde en la tierra un sistema igualitario de descendencia, los linajes procedentes del territorio ancestral, la distribución y circulación de los bienes y las relaciones pacíficas o destructivas entre parientes.

El segundo Cielo es el de Kúwai, un ser de poderes sobrenaturales creado por el propio Iñapirrikuli. El Cielo de Kúwai rigela vida política en toda su extensión. Los cambios sociales, las alternativas en momentos de crisis, las creaciones tecnológicas, las actividades productivas, la preparación de los alimentos, las sociedades secretas masculinas, los cultos chamánicos y las redes viales de comunicación, se gestan en el segundo Cielo. El ayuno y el látigo son las herramientas de aprendizaje chamánico que estableció el poderoso Kúwai para formar gente sabia.

Toda acción en la tierra corresponde a un Cielo u otro. y es precedida por la correspondiente invocación de la hazaña mítica que se canta y recrea, llenando de significado con su potencia celeste el evento terrenal. Las huellas de las acciones míticas son palpables en petroglifos, piedras como la del Cocuy, montañas, tepuyes, raudales, cuevas y toda una geografía cargada de señales que recuerdan constantemente las hazañas mítico-históricas de sus antepasados. En toda narración procedente de los Maipure-Arawak el narrador parte de la ubicación del espacio sacralizado donde ocurrió primordialmente el suceso.

Unas familias extensas

En esta geografía de selva, ríos y sabanas, vive actualmente una población aproximada de 600 Warekena, 2.500 Baniva, 2.000 Baré, integrados directa o indirectamente, según Vidal, a otras 40.000 personas de los Tukano, Bakú y Arawak del Noroeste amazónico de Colombia, Venezuela y Brasil. Estos grupos ancestralmente organizados en fratrías patrilineales se jerarquizan de acuerdo al orden de nacimiento, tal como los hermanos míticos de su cosmogonía; este orden influye en las alianzas endógenas y exógenas.

Destacados conuqueros, su actividad agrícola está enmarcada dentro de un calendario ecológico,

dedicándose a la pesca y a la caza en el verano, preparando el terreno antes de “creciente de garza” en noviembre y recogiendo en el invierno frutas silvestres. Grandes productores de casabe y mañoco, insumo habitual para el trueque con otros pueblos de la región, cultivan para su propio consumo caña de azúcar, piña, ají, maíz, plátanos, auyama, y tubérculos como yuca dulce, yuca amarga, apio, ocumo, mapuey, ñame y batata. Pescadores y cazadores, son también artesanos de la cestería, la cerámica, la madera, fabricantes de casas, curiaras y cerbatanas. Hoy en día muchos se dedican a la extracción de la fibra de chiqui-chique y otros ocupan cargos en la administración gubernamental.

Primeros contactos con el mundo europeo

José Solano, Apolinar Díaz de la Fuente y José Iturriaga, integrantes de la Comisión de Límites de la Corona española, llegaron a la confluencia de los ríos Orinoco, Guaviare y Atabapo un 22 de febrero de 1758. Allí vivían, en las cuencas de los ríos Orinoco, Atabapo, Guainía, Río Negro y Casiquiare, una pléyade de pueblos Maipure-Arawak, en convivencia de mutua ayuda e intercambio con sus vecinos de Brasil y Colombia.

El primer contacto español ocurrió en una aldea de los Guaipunavi, cuyo jefe era el cacique Cuzurú, quien los recibió con naturalidad a ellos y a la comitiva de 35

personas que iban a fundar la Villa de San Fernando del Río Atabapo, en honor al rey Fernando VI y a las rojizas aguas del río que llevaba el nombre del cacique Ataba. Mientras que los españoles habían entrando por el Delta del Orinoco, los portugueses subían desde Brasil por el Río Negro buscando esclavos y sembrando la discordia en el seno de las comunidades Arawak, puesto que lo que ofrecían a cambio eran herramientas muy apreciadas para solventar las duras condiciones de la región amazónica. Ya para esa época aquellas poblaciones estaban siendo azotadas por las incursiones de los Caribe, quienes ya formaban parte del tráfico de esclavos con sus aliados los holandeses.

Españoles y portugueses, a su vez, vivían en conflicto por la delimitación de las tierras indígenas: ¿hasta dónde eran de la Corona portuguesa, hasta dónde de la Corona española? Aquí se vivía en caliente la puesta en escena del diplomático Tratado de Tordesillas. No escapaban los pueblos indígenas a los azotes de esta contienda que venía a encandescerse con las políticas evangelizadoras y la obsesiva fiebre del oro, que muchas veces utilizaron perspicazmente los indígenas para deshacerse de sus enemigos, enviándolos a confines tan imaginarios como el delirio de los blancos. Añádase, para completar el dantesco retrato, los estragos de las epidemias que

diezmaban una población sin defensas genéticas para enfermedades ajenas.

Durante los siglos XVII y XVIII, los Arawak, que derivaban hacia una agricultura de plantaciones, serían entonces víctimas de una nueva "epidemia": aquella que se desata en torno a la economía extractiva. Una fiebre daba paso a otra: quina, sarrapia, pendare, batalá, caucho, minerales, fibra de chiqui-chique. La riqueza de su entorno se convertía en la causa de su miseria. Sin embargo, su visión cósmica, sus poderes atávicos y una larga tradición de resistencia cultural, han permitido a los Arawak la reconstrucción de su orden, una y otra vez.

La fiebre del caucho

Aquel material que era usado por los indígenas para fabricar pelotas con las que jugaban en sus horas de ocio, iba a convertirse en materia prima de elementos fundamentales para el funcionamiento de la maquinaria industrial en el mundo occidental. En adelante las ruedas de las poleas, de los automóviles, de cualquier mecanismo que las necesitara, iban a ser de caucho, y el caucho estaba aquí, en Amazonas.

Tanto los Baniva como los Kurripaco, Baré, Warequena y otros grupos Arawak del Sur de Venezuela, vivieron la

cruel explotación del caucho por empresas nacionales y transnacionales como una de las épocas más trágicas de su historia. Fue a partir de 1885 cuando empezó de manera artesanal la actividad de extracción del látex del caucho (*hevea brasiliensis*), de mano de los patronos caucheros. Su industrialización comenzará a partir de 1940, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, a través de concesiones otorgadas a empresas internacionales como la Compañía Francesa y la Rubber Development Co.

Una década más tarde, a partir de las semillas extraídas ilegalmente por el señor Goodyear del Amazonas brasileño, surgirán las grandes plantaciones de Malasia, que resultaron ser económicamente más rentables y que desplazaron definitivamente a las de los bosques amazónicos. Quedaban desplazados, también, de sus regiones originarias, los pueblos capturados por los caucheros y luego abandonados a su suerte, pobres y enfermos aquellos que no habían muerto, diezmados por las plagas y la fatiga de extenuantes e interminables jornadas de maltratos físicos.

En la memoria de los pueblos Arawak quedó imborrable aquella época funesta en la que sus antepasados eran cazados como esclavos, de aldea en aldea, para internarlos en la selva de sol a sol durante largos períodos, expuestos a enfermedades, ataques de animales

y cuando menos al látigo de inhumanos capataces. Víctimas de una vieja práctica que se denominó el “endeude”, el empresario que dirigía las operaciones de extracción y que era también el comerciante de víveres, invitaba a los indígenas a tomar mercancías para su manutención con el compromiso de pagarlas con su trabajo, pero la cuenta era insalvable y el endeudamiento infinito. El empresario del cual era deudor el indígena podía venderlo a otro empresario con la correspondiente deuda, en una venta que incluía a la mujer y los hijos del esclavo indígena, y en caso de que éste muriera aquéllos quedaban como esclavos hasta que pudieran pagar la cuenta, cosa que casi nunca sucedía, pues la deuda se acumulaba progresivamente. Todo este fenómeno se daba con la anuencia de las autoridades políticas, quienes muchas veces se beneficiaron de esta abominable práctica.

Fue así como murieron pueblos enteros. La huida era inútil porque el sistema abarcaba todas las fronteras: Colombia, Brasil, Venezuela, y porque aquellos que se atrevían a escapar y a vivir ocultos en las selvas más recónditas, de ser capturados no les esperaba menos que la horca. Las mujeres y los niños quedaban abandonados en las aldeas, las comunidades desmembradas, no había quien pescara, ni quien cazara, ni quien construyera una casa, una herramienta. En cambio,

en el caserío de la plantación de caucho, los mismos hombres que extraían el látex de las selvas montañosas, sembraban el conuco para el patrón, molían la caña de azúcar, construían las casas del campamento, todo a cambio de unas pocas cosas para seguir sobreviviendo y endeudándose.

Será a causa de toda esta historia que cuando a un niño Arawak le llega la hora de iniciarse en la vida adulta, los padres lo entregan al payé o chamán y le dicen: "Aquí traemos nuestro hijo para que lo enseñe a ver al diablo". El látigo y el ayuno forman parte esencial en este ritual de aprendizaje en el que el payé aconseja a los muchachos sobre cómo enfrentarán las fuerzas demoníacas de las miserias humanas. El trabajo, el respeto, el desapego y la unión, son los dones para el saber de resistencia que el sabio entrega a los muchachos. Cada cultura lleva consigo el antídoto para los venenos de su propia historia.

LOS CAÑOS PERDIDOS DE LA NACIÓN WARAO. UN ECOCIDIO EN NOMBRE DEL “PROGRESO”

La tierra de los warao se extiende a lo largo de estrechas configuraciones geográficas que se despliegan en franca conjunción con los afluentes del río Orinoco —Wirinoko en la voz warao— y el pequeño Amacuro, formando inmensos caños que dejan correr sus aguas ampliamente, configurando el paisaje.

El warao se interna en esos caños con habilidad y confianza, pues son parte de su modo de vida desde tiempos inmemoriales, cuando perseguidos por los fieros Caribe debieron adentrarse en espacios que les protegieran de los ataques, constituyendo el agua no sólo un refugio tierra adentro sino una fuente primordial para el sistema de vida de este pueblo indígena venezolano.

El asentamiento de los warao se establece fundamentalmente en el estado Delta Amacuro, aunque también se vinculan a los estados Monagas y Sucre, siempre teniendo como característica primordial su filiación cercana e imprescindible con el agua y todo lo que ella les brinda. Según la información suministrada en la página electrónica del Instituto Nacional de Estadística la población total de esta comunidad, en Delta

Amacuro, es de 26.080 personas, lo cual se amplía si tomamos en cuenta aquellos que forman parte de otras dependencias y los que moran en diferentes lugares de la geografía nacional.

El warao se interna en los numerosos caños que constituyen el Delta del Orinoco, en ramificaciones fluviales llamadas por ellos imujo, es decir, huesos, brazos, que se extienden desde el río en amplio espacio donde navegan, viven y comen. Sus viviendas también forman parte de esa filiación con el río. Palafitos llamados janoko son construidos con recursos provenientes de la naturaleza que conforma el entorno; el mangle o “cachicamo” es la madera que sustenta la base principal de estas casas, siendo el piso generalmente de “manaca” (*Euterpe olivácea*), mientras que la palma de “temiche” (*Mancaria saccifera*) cubría originalmente el techo del hogar, aunque en la actualidad se ha visto sustituida por el zinc o materiales similares. El caserío warao extiende su figura sobre las aguas del río. De cachicamo, salzafra o permanacillo es construida la canoa llamada curiara, la misma que antiguamente corría por los caños empujada por un remo hecho de la larga vara extraída de cualquier árbol de madera dura y poco pesada. Actualmente, la curiara se sirve del motor, comprado por los warao en Puerto Ordaz o Maturín,

lo cual le confiere mayor rapidez en el andar. Del agua también se obtiene el alimento principal de los warao, peces como el “morocoto”, enorme por su tamaño, el “laulau” y la “curbinata”, entre otros tantos, son atrapados con guaral y anzuelo, empalizadas, boyas, varilla o haciendo trampas entre los morichales.

El árbol de la vida

Uno de los elementos más significativos entre el pueblo warao es el moriche (*Mauritia flexuosa*), que le proporciona alimento a toda la familia, sirve para preparativos curativos utilizados en la medicina tradicional, y además es uno de los principales materiales usados en la elaboración de la tan rica cestería, característica de esta comunidad originaria venezolana. Del tronco de las palmas de moriche que no tienen fruto, los warao extraen la fécula, y mediante un proceso de extracción de almidón se elabora la yuruma, que es la harina con la que realiza gran parte de su comida; ya que constituye el soporte fundamental de la comunidad, la palma de moriche es considerada por los warao como el “árbol de la vida”.

En la parte interna del tronco de moriche se produce el palmito, muy cotizado en las culturas occidentales. De este árbol también se toma la madera para fabricar la curiara y el janoko, además de instrumentos para la

caza y la pesca. Tomando en cuenta que su fibra es muy resistente, se utiliza ésta para la creación de chinchorros, alpargatas, cestas y diferentes prendas de vestir. Además, los gusanos que se crían dentro del tronco del moriche forman un plato exquisito dentro de la dieta del pueblo warao.

La voz de los ancestros retumba entre los caños

Las prácticas rituales y ceremoniales de los Warao, según lo supone Juan Lavandero en su libro “Noara y otros rituales”, podrían haberse originado “en el sentimiento de impotencia ante las enfermedades, el peligro y la muerte”. Aunque el warao tradicional también conoce el poder curativo que brinda la naturaleza, y en caso de enfermedades el chamán se encarga de dirigir toda su fuerza al restablecimiento de la salud. La sabiduría tradicional es transmitida oralmente de generación en generación, dentro de la cual las enseñanzas sobre botánica, zoología y rituales de curación tienen una suprema significación.

Los ritos, mitos y leyendas han trascendido las fronteras del tiempo por medio de la tradición oral, transmitida en voz de los ancianos y ancianas, quienes han realizado en su propio idioma (el warao) la maravillosa cosmovisión del indígena, donde la creación, el modo de vida, el origen de animales, plantas y personas,

constituyen un mundo donde la voz de los espíritus es fuente esencial para dar respuesta a las interrogantes universales. Allí las danzas, la música y las manifestaciones ceremoniales expresan el sentir de los warao en conjunción con su entorno.

La arremetida de la tierra

Durante la presidencia de Raúl Leoni (1964-1969), la Corporación Venezolana de Guayana (CVG), empresa del Estado venezolano, llevó a cabo la estructuración de un muro de contención, la construcción de inmensas compuertas que impedían la salida natural de las aguas, una carretera hacia Tucupita y el eventual cierre del Caño Manamo, que era en ese entonces un afluente primordial para la navegación, alimentación y vida de una gran cantidad de elementos naturales, animales y vegetales, además de personas pertenecientes al pueblo warao.

Río Grande, Macareo y Manamo, como las tres corrientes principales desde las que el inmenso río Orinoco llega al Mar Atlántico, se vieron afectadas por la puesta en marcha de este proyecto que concluyó con el cierre del Caño Manamo, el cual se encuentra estratégicamente ubicado al borde izquierdo de la ciudad de Tucupita, capital del estado Delta Amacuro. Esta situación traería consigo una serie de consecuencias

nefastas materializadas en nombre del “desarrollo industrial” y el “mejoramiento” de la región.

El cierre del Caño Manamo ciertamente trae como ganancia para Tucupita el poder contar con acceso por vía terrestre, lo cual aumenta el nivel de intercambio de los habitantes de esta ciudad con el resto del país. No obstante, se ha producido una serie de consecuencias adversas: la hidrografía del terreno se comienza a ver afectada, acarreado la inundación de terrenos cosechables y la sequía de los no aptos.

Por su parte, el volumen del Caño Manamo se ha reducido en un 80%, disminuyendo la salida de las aguas fluviales y provocando de esta manera la salinización de los suelos, trayendo, por consiguiente, un cambio sustancial tanto en la flora como en la fauna. Muchos animales mueren. Otros emigran. Decenas de plantas desaparecen para siempre. Cientos de warao se ven en la necesidad de abandonar sus tierras emigrando a lugares y realidades inciertas, miles mueren al quedar atrapados en sus propias casas, pues la merma de las aguas del caño torna imposible la navegación de las curiaras, único modo de transportarse a otras zonas. Aunado a esto, el estancamiento de las aguas trae consigo enfermedades cutáneas y respiratorias que

en la mayoría de los casos tiene como consecuencia la muerte de los indígenas.

Esta situación sigue trayendo actualmente otros problemas: los indígenas habitantes de los caños menores, al ver cada día disminuidas sus posibilidades alimenticias y de salubridad, emigran a lugares como San Félix, Caracas, Valencia, Ciudad Bolívar, además de otras zonas del país, dejando atrás su hábitat natural, su modo de vida autóctono, obligados a vivir en mendicidad, inmersos en una creciente depresión económica.

Una cultura enriquecida por los dioses

“En tiempos muy remotos, los warao no vivíamos en esta tierra. Aquí no había ningún warao. Nuestros antepasados vivían sobre las nubes”. Los mitos warao reflejan su hábitat, su paisaje, su entorno, su cosmogonía. Hablan de los antepasados, sus orígenes en la geografía, junto con las otras vidas de animales y plantas, constantes acompañantes de los warao, como parte de la ecología, el entorno y el contexto.

El Padre Basilio de Barral, en su libro “Los indios guaraúnos y su cancionero. Historia, religión y alma lírica”, acota que existen antecedentes en cuanto a la toponimia establecida por los warao. En ella se pueden ubicar datos emanados de la etimología de lugares como la isla de

Cuba, siendo extensivos a otros territorios como Puerto Rico, Brasil y Colombia, por sólo citar algunos.

En Cuba tenemos como toponímicos guarao el propio nombre de la isla, Cuba (de kubá, herir, pelear), que significa arma; Habana (de jawana, objeto que causa temor), Sagua, Caiguanabo, Camujiro, etc. En Puerto Rico: Guabato, Guaba, Guanika, Guanajibo. Y es guaraúno el término dujo, tan empleado en la isla para designar los asientos o poyetes que hay en los caminos. En la República Dominicana: Macao, Soana, Mana, Samana, Bajoruco, etc. En Brasil: Guana, Guajajara, Jeico, etc. En Colombia: Dagua, Curaray, Mokoá, Inirida, etc. En Bolivia: Guarajo, Guana, Abuná, Tata, Sabaya, Domu, Ibari, Sakaba, Corocoro, Oruro, etc. De los toponímicos innúmeros que hay en Venezuela fuera del Delta, sólo citaré dos: Güiria y Guaira (La Guaira).

El misionero apunta además que los antecesores de este pueblo fueron pobladores de las Antillas y “una parte considerable del área continental americana”, donde la raíz taína (también enlazada con el idioma) es bastante posible.

En 1499 el colonizador español Alonso de Ojeda se topó con el espectáculo visual de la desembocadura del río Orinoco. Un año más tarde, Vicente Yáñez Pinzón se encontraría con el Delta. Posteriormente, en

1532, Diego de Ordaz remontará el río Orinoco llegando hasta su unión con el río Meta. En el año 1682 se funda la primera Misión Jesuita en el Delta, siendo el Padre Joseph Gumilla, en el siglo XVIII, el primer hombre del “Viejo Mundo” que se dedica a describir lo que ha observado sobre la cultura warao y quien además bosquejará en 1732 un documento cartográfico de la zona deltana, escribiendo “El Orinoco Ilustrado”, texto que describe sus impresiones sobre la vida warao y la incidencia de los productos de la naturaleza en la cultura general de dicho pueblo.

La cercanía que tiene el paisaje con el ser humano, donde la memoria se fija tanto en lo que ha sido palpado, olido, observado, como en lo que va más allá de lo que se puede inscribir en las letras que sustentan meras teorías, “el paisaje, la palabra, la fisonomía”, se revitalizan en el presente porque forman parte de cada sustancia divina que genera la formación del ser humano. La geografía del Delta se extiende más allá de las aguas del río Orinoco —Wirinoko, dicen los viejos warao. Los caños maravillan los ojos espectadores que se enclavan en majestuoso y perpetuo vaivén, como haciendo juego con el silencio y el movimiento incesante del río.

EL PUEBLO BARÉ: UN PUEBLO ARAWAKO QUE RESISTE

La voz chamánica de la creación

Los Baré comparten con otros grupos de la familia Arawak, como los Baniva y los Warekena, la religión del Kúwai -Kúai-Kuwé o Katsímàlani la voz “chamánica” de la creación. Kúwai es el maestro que controla todo con su poderosa sabiduría, transmitiendo a los hombres parte de ésta en rituales sagrados generalmente ritos de iniciación de los hombres. Estas enseñanzas encierran un fuerte código simbólico que es de gran influencia en la forma de vida de los indígenas; los cantos, cuentos, mitos e incluso rezos y consejos, conforman un grupo de narrativas que ilustran los ciclos míticos del sistema religioso del Kúwai. El conocimiento chamánico, según señala Silvia Vidal, es la habilidad de controlar lo natural y lo sobrenatural, constituyendo además el modelo para la interpretación, la construcción y la representación del espacio, la geografía y la historia.

Este sistema religioso es además pilar fundamental en el liderazgo político de los Baré; las habilidades transmitidas del Kúwai a los chamanes para controlar lo visible y lo invisible, permitieron legitimar a éstos como líderes políticos, convirtiéndolos en figuras importantes, situación que se presenta incluso en

tiempos recientes. Uno de los líderes más representativos de los Baré fue el chamán Joaquín Bolívar, altamente respetado por los pueblos indígenas y por los criollos del Río Negro, gracias a sus conocimientos de plantas y habilidades sanadoras, además de ser el fundador de la Villa Santa Rosa de Amanadona, en el Alto Río Negro en 1873. En el siglo XX los chamanes Baré adquirirían mayor popularidad entre indígenas y criollos, Hilario Bolívar e Hilario Maroa “Maroita”, por sólo mencionar dos, fueron reconocidos por sus dotes para la curación en varias regiones de Venezuela y de otros países vecinos, al compartir sus conocimientos y pacientes con la medicina tradicional.

El serpenteante Casiquiare se une al Río Negro

El brazo Casiquiare representa un fenómeno natural casi único en el mundo; este peculiar afluente que une al Orinoco con el Río Negro, es considerado el mayor río conector de los sistemas fluviales en el mundo. Es justamente en el Casiquiare donde ha estado ubicada la comunidad Baré desde tiempos ancestrales, ocupando para el momento de la llegada de los españoles una franja de aproximadamente 150 km², distribuida a lo largo de las márgenes del Medio y Alto Río Negro, brazo Casiquiare y la orilla del Alto Orinoco, entre la bifurcación del Casiquiare y el río Ma-vaca. Y en el siglo XX, la sociedad Baré se encontraría dispersa en

la región del Casiquiare, en centros poblados criollos como Puerto Ayacucho, San Fernando de Atabapo, Solano, San Carlos de Río Negro, Santa Rosa de Amanadonay Santa Lucía.

De acuerdo a los datos del Censo de Comunidades Indígenas (2001), la población Baré está conformada por 2.815 personas, de las cuales sólo 304 se distribuyen en los municipios del estado Amazonas, siendo Atures, Río Negro, Atabapo y Autana los que tienen mayor cantidad de habitantes Baré. El resto de la población que se auto-reconoce Baré, se ha desplazado a otros estados del país en busca de oportunidades de trabajo, estudios y asistencia médica, dejando las fronteras desprotegidas y sus zonas ancestrales abandonadas.

Actividades económicas de los Baré

Poco se conoce acerca de la vida económica, social y política de las etnias de la región del Río Negro. En lo que se refiere a los Baré, desde sus orígenes, su medio de subsistencia ha sido la agricultura de conuco, para lo cual estos han utilizado el sistema de tala y quema, la recolección, la caza y la pesca. La mayoría de los trabajos agrícolas, salvo la tala, exclusiva de los hombres, eran realizados por ambos sexos. Además, las mujeres se ocupaban de sembrar y cosechar la yuca, hacer el casabe y el mañoco o casabe en polvo, atender los

oficios domésticos, teñir y torcer fibras para tejer chinchorros, y elaborar la alfarería.

La recolección dependía de las estaciones y estaba a cargo de mujeres y niños; lo recolectado eran palmas y hormigas mayormente. La caza se presentaba en menor medida; sin embargo, es probable que cazaran animales pequeños como dantas, picures y lapas; para esto se usaban cerbatanas, arcos, flechas y algunas armas introducidas por los europeos, como rifles y machetes. Con respecto a la actividad pesquera, los Baré empleaban métodos de envenenamiento, a través del uso de frutas, hojas y raíces; también se utilizaban otros instrumentos como arco y flechas, nasas, anzuelos, arpones y redes, entre otros.

En la actualidad, los Baré son seminómadas, asentándose principalmente en churuatas circulares con techos a dos aguas construidas con palmas de bahareque, maderas y otros elementos. También moran en viviendas rurales y criollas. El sistema económico continúa basándose en el cultivo del conuco, la pesca, caza, recolección de frutos silvestres y otros recursos naturales; los Baré tejen chinchorros de cumare (palma nativa del Amazonas), elaboran sus instrumentos musicales (flautas, tambores), tallan la madera, realizan cestas, esteras, construyen los sebucanes

para la extracción del cianuro de la yuca amarga, mapires y catumares. El principal recurso de los Baré como el de otros grupos Arawak es el agua, situando a los ríos como lugares sagrados en los cuales los sibs y las fratrías ejercen control político y económico.

Las confederaciones multiétnicas

Las agrupaciones Baré, denominadas sibs o fratrías son exogámicas, esta práctica les permite la asociación con otros grupos arawakos y de otras sociedades, convirtiéndolos en una unidad cultural multiétnica. El sistema exogámico y las alianzas matrimoniales entre miembros de un mismo grupo y entre grupos diferentes, como indica Silvia Vidal, permitieron establecer relaciones políticas, económicas y religiosas entre grupos indígenas, y entre indígenas y europeos o criollos.

Este principio de intercambio se consolidó en el siglo XVIII como una estrategia política y religiosa de los Baré y el resto de grupos arawakos de la zona Baniwa, Warekena y Kurripaco, que permitiría la participación de los indígenas en redes de comercios de bienes y esclavos indígenas, retando así la dominación de las colonias española y de otros lugares de Europa que luchaban por el poder en el Amazonas americano. Ya para finales del siglo XVIII, el sistema colonial lograría imponerse en el Río Negro, ocasionando la pérdida de

los sistemas políticos y culturales ancestrales, dejando que ese mismo principio, que en algún momento hizo resistencia a la dominación, fuera el que lograra la transformación definitiva de la estructura sociopolítica, lingüística y cultural de los Baré. De manera tal que la cultura Baré quedaría nuevamente atrapada por otro sistema explotador y hegemónico en la selva amazónica, mermando y destruyendo nuestra cultura e identidad nacional.

Crisis del caucho

A partir de 1853, la explotación de caucho (*haveas brasiliensis*) se convertiría en la principal actividad económica. Empresas nacionales y transnacionales, se ubicarían en los territorios de Brasil, Colombia, Perú y Venezuela para la extracción de este recurso, empleando la mano de obra indígena en la recolección y procesamiento del caucho silvestre. Este nuevo sistema, que alteró el modo de vida indígena, ocasionaría desplazamientos de comunidades y de genocidio por parte de los explotadores, además de representar una nueva era de esclavitud. Para inicios del siglo XX, se legaliza la explotación del caucho, prolongándose así las crueldades de la dominación colonial.

Los indígenas, que gozaban de relativa autonomía en sus territorios, serían esclavizados para realizar

intensas jornadas de trabajo forzado. Los Baré, una vez desplazados de sus poblados y trasladados a la selva, quedarían expuestos a nuevas enfermedades traídas por sus patronos; se convertirían además en víctimas de maltratos físicos y de prácticas desgarradoras, como el endeude, sistema que los obligaba a pagar con trabajo aquellas mercancías que tomaran para su subsistencia; compromiso que al pasar a las mujeres y los hijos de los esclavos indígenas hacía la deuda infinita e impagable. Los patronos del caucho supieron muy bien cómo acoplarse al sistema indígena, y a través de alianzas con mujeres Baré y Baniva, consolidaron las relaciones con los líderes Arawakos.

La Era del Caucho entre los siglos XIX y XX inició, en palabras de Omar González develadas en el texto “Multilingüismo, etnias y culturas indígenas en el Noroeste Amazónico del Estado Amazonas de Venezuela”, la penetración de nuevos estilos de vida, patrones de conducta, hábitos alimenticios y un sistema económico diferente, que produjo en el Amazonas la formación de una cultura mestiza cabocla, como la llaman los Arawakos, que con el uso de una lengua franca, el yeral, y del español, desplazaría el idioma baré y muchos otros, reduciendo su uso sólo a ceremonias sagradas. La expansión lingüístico-cultural continuó durante el siglo XX, con la Conquista del Sur en

1974, que dio apertura nuevamente a la explotación de los recursos y territorios indígenas a empresas nacionales y trasnacionales, obligando a los indígenas a vivir las desgracias que implica compartir los espacios con verdaderos depredadores de la naturaleza.

Los indígenas de lo que alguna vez fueron los recónditos parajes de la selva amazónica venezolana, murieron de hambre, de fatiga, de graves enfermedades occidentales incurables para los chamanes; muchos fallecieron por las torturas a las que fueron sometidos; sólo unos pocos lograron salvarse; otros escaparon para internarse en selvas desconocidas, dejando atrás miles de años de saberes, que quedarían a partir de ese momento perdidos en el tiempo. Son entonces la exogamia, la esclavitud, el genocidio, el desplazamiento y el multilingüismo, los principales elementos culturales que colocan a los Baré como una cultura indígena que se encuentra, hoy día, resistiendo para no desaparecer.

◆ LA COMUNIDAD BARÉ

Grupo indígena arawako que ocupa la región del Casiquiare-Río Negro en el Amazonas venezolano, es uno de los grupos originarios de nuestro país. Hoy en día, debido a grandes movimientos migratorios y de intercambio cultural y lingüístico, esta comunidad se encuentra a punto de desaparecer. Los Baré pertenecen a la familia lingüística Arawak, una de las más antiguas y extensas en el continente americano que históricamente ha ocupado gran parte de América del Sur, extendiéndose inclusive hasta las Antillas Mayores.

LOS ANDES VENEZOLANOS Y SUS CULTURAS PREHISPÁNICAS: EL CASO DE LOS TIMOTOCUICAS

Los timotos o timotíes tenían como hábitat principal el Estado Mérida, y los cuicas, el territorio trujillano; que los ubica como pertenecientes al área cultural de los Andes venezolanos definida por Miguel Acosta Saignes.

En cuanto a su filiación lingüística, algunos autores han preferido considerarlos como un grupo lingüístico aislado o de características un tanto especiales, por la presencia de vocablos arahuacos además de los chibchas propiamente dichos. Otros estudios como los de Miguel Acosta Saignes, sin embargo, los han agrupado conjuntamente con los chibchas y otros más plantean una vinculación con algunas lenguas de Centroamérica pertenecientes al tronco lingüístico chibcha.

Una característica primordial de la cultura timotocuica es el andén como sistema de cultivo, diferenciado de los sistemas de horticultura, quema y roza propios de otras áreas culturales del tiempo prehispánico venezolano. El andén se obtenía cortando grandes escalones en las colinas, fortaleciendo sus límites con piedras y fertilizando por medio del riego. Gracias

a largos canales, medidos de manera precisa particularmente para vencer obstáculos del terreno, lograban llevar agua a través de grandes extensiones. Los quimpúes o estanques complementaban aquella estructura favoreciendo una permanente provisión de agua. Como tercer elemento importante del complejo agrícola, las culturas de nuestros andes construyeron los mintoyes que eran utilizados como almacenes, como tumbas y, eventualmente como lugar de residencia.

Entre los productos agrícolas están el maíz y la papa. Además de ellos, la yuca dulce, frijoles y otros que algunas fuentes mencionan con los nombres de michiruy, saní, quiba, mecury, istú, guaba, tachure, gúsare, munse y tisís. Aprovechaban el fique, una especie de agave o cocuiza, del que obtenían fibras para hacer tejidos. También el hayo se encontraba entre sus productos, extendido, además, hasta pueblos arahuacos y caribe, así como el algodón. Las crónicas informan, por otro lado, que los pueblos de nuestros Andes habían domesticado el paují, las tórtolas y diversas aves de plumajes magníficos.

El comercio representó para estos pueblos labor importantísima y, al parecer, existieron productos dedicados específicamente para el intercambio. Entre ellos, mantas, chimó, urao, esteras de agave y de junco,

vestidos de algodón, tejidos de fique, piedras consideradas preciosas como la nefrita y la serpiente, alfileres de macanilla o topos y quiteros o cuentas de caracoles, procedentes, principalmente del pie de monte andino. La urea o sesquicarbonato de sosa, extraída principalmente de la laguna de Urao, en Lagunillas (Estado Mérida), sustituía la sal, pero cocida se usaba principalmente como chimó o tabaco para mascar. Ambas industrias han sobrevivido en nuestro país.

La abundancia de nefrita y serpiente en las excavaciones arqueológicas hacen suponer que nuestros habitantes prehispánicos de los Andes las consideraban piedras preciosas, máxime cuando con ellas tallaban figuras, principalmente de animales, tratamiento especial que induce a suponer una utilización ceremonial. La papa fue un importante producto agrícola que se extendió fuera de los predios andinos tanto en la época prehispánica como posteriormente. Fue importante producto para el comercio la manta andina y, en general, tejidos hechos con otras fibras. Sabemos que desde estas tierras andinas eran llevadas hacia las tierras bajas del área lacustre marabina en donde se cambiaban por sal y productos alimenticios de esta zona.

El transporte de estos productos para el comercio se hacía por caminos, principalmente cordilleranos. En

algunos sitios, para salvar abismos, se usó el sistema de tarabita. Se fabricaban con bejucos y cuerdas de fique y consistía en un recipiente, a veces capaz de contener más de una persona, que se hacía pasar de un extremo al otro por medio de cuerdas. Este sistema, en algunos casos modernizado en los materiales de construcción, aún puede verse y se utiliza en algunos sitios de nuestros Andes.

La concepción del trabajo en los Andes prehispánicos era comunitaria, en cayapa, a manera de labores en base a la cooperación. Con este mismo sistema se construían fuertes. Dice Acosta Saignes, además, que cuando los fuertes quedaban situados en colinas rodeadas de precipios, con una sola entrada, en ésta se instalaban verdaderos puentes levadizos y tarabitas. En estas construcciones se previó la de mintoyes o depósitos de productos, principalmente agrícolas, de cuya reserva podría depender la duración de la defensa.

Para las acciones de guerra los andinos de la Venezuela prehispánica solían entonar cantos y sus armas consistían en arcos, macanas, hondas y flechas, estas últimas impregnadas de un tóxico paralizante más que mortal. El siguiente Canto Guerrero ha sido conocido gracias a Tulio Febres Cordero: Corre veloz el viento;/ corre veloz el agua,/corre veloz la piedra que cae de

la montaña./ Corred, guerreros;/ volved en contra del enemigo;/ corred veloces,/ como el viento, como el agua,/ como la piedra que cae de la montaña. Fuerte es el árbol que resiste el viento;/ fuerte es la roca que resiste el río;/ fuerte es la nieve de nuestros páramos que resiste el frío./ ¡Pelead, guerreros!/ ¡Mostraos fuertes,/ como los árboles,/ como las rocas,/ como las nieves de la montaña!

La organización social de estas gentes, al parecer, tuvo una base de tipo sacerdotal, que incluyó sacerdotisas, con un jefe supremo posiblemente escogido por elección especial, y con una concepción comunitaria del trabajo aplicada a todas las labores. Como pueblos de filiación cultural chibcha quizá la descendencia se contase por la línea materna y un indicio puede ser que antes de la boda, la residencia de la nueva pareja era de carácter matrilocal y que el novio prestaba servicios a la madre de la novia.

La base sacerdotal a la que hemos aludido está sugerida por la organización que se percibe en el aspecto religioso de estas culturas y la existencia de lo que al parecer fueron centros ceremoniales. Hemos mencionado el de Escuque. Los sacrificios de niñas persistieron, secretamente, en la Laguna de Urao, hasta tiempos coloniales.

Icaque, la diosa prehispánica andina, así como su templo y el ritual con el que la veneraban, fueron descritos por Juan de Castellanos, quien señala que se hacían fiestas en su nombre, donde sacrificaban gentes vivas.

Acerca de Ches, dios supremo, Alfredo Jahn lo presenta como "un espíritu dispensador del bien y del castigo... que habitaba las cumbres más elevadas y los lagos solitarios... El Ches sólo se comunicaba con los piaches, mohanes o mojanos, sacerdotes-curanderos que les servían de agentes y que eran ciegame acatados". El objeto principal de las ceremonias involucradas con el Ches, era obtener de él, el pronóstico de que si será o no favorable la estación a los cultivos de los indios, y en caso de que este fuera desfavorable, se hacían sacrificios para tornar favorables los acontecimientos futuros. Si el augurio del Ches era favorable, se celebraba una gran fiesta en su honor, en la cual abundaban viandas, bebidas y bailes.

Nuestras culturas andinas veneraron también al muerciélago, representado en figuras hechas con piedra de nefrita y que colocaban bajo la cabeza del difunto. Acosta Saignes, por su parte, señala la posibilidad de que estas representaciones tengan que ver con una concepción del murciélago como divinidad de

la muerte o como un mensajero. Otro animal, venerado como dios de la guerra, fue el venado; y como símbolo de jerarquía, el paují.

Las culturas prehispánicas de los Andes venezolanos desarrollaron además, un sistema de la numeración y, al parecer, un calendario. Según Tulio Febres Cordero, la numeración de estos pueblos era decimal y para contar de once hasta diecinueve, decían tabís-carí, diez uno; tabís-jen, diez dos; tabís-hisjut, diez tres, etc. El número 20 era jemtabís, dos dieces; 30, hisjuttabís... El 100 lo expresaban con la voz doble tabís-tabís, diez dieces. Ignoramos si tenían palabra especial para el 1.000, pero siguiendo el plan regular establecido, es probable que dijeran tabís-tabís-tabís, diez cientos. Basados en este sistema de numeración, escribía Julio César Salas, los Tatuyes de Mérida empleaban para sus operaciones de aritmética cuerdas anudadas muy parecidas a los quipus y para sus operaciones comerciales cierto tipo de moneda llamada 'quiripa', hecha de la cáscara de caracoles a los que abrían un pequeño hueco y luego redondeaban por medio del frote hasta convertirlos en hermosos discos.

GUAICAIPURO LA RESISTENCIA DE UN GUERRERO

Un personaje histórico

En la historiografía venezolana e hispana se conocen muy pocos datos veraces acerca de la vida y trayectoria del indio Guaicaipuro (lancero de los cerros). El cronista José Oviedo y Baños, en su obra *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* (1723), hace la primera referencia a la existencia heroica de Guaicaipuro como jefe de la resistencia indígena venezolana. Posteriormente, salieron a la luz los materiales que en el Archivo de Indias revisara el hermano Nectario María, donde se demuestra la existencia del cacique, se hace referencia a sus familiares y se mencionan las tribus que dependían de su cacicazgo. Además, podemos señalar el trabajo de Rafael Bolívar Coronado, quien con el seudónimo Maestre Juan de Ocampo, presuntamente traduce la obra de un abate llamado Jean Moulin, titulada "Guaicaipuro: el último hombre libre en las selvas del mar oceánico", escrita en 1601.

El líder de Los Teques

La vida del cacique Guaicaipuro transcurre entre los años 1530 y 1568, año en el que fue asesinado por los enviados de Diego de Losada. Su pueblo natal era

Suruapo o Suruapay, situado en el actual San José de los Altos, en la vertiente de la quebrada Paracotos. Las virtudes guerreras de Guacaipuro comenzaron a manifestarse desde muy joven, específicamente en las batallas contra los catuches, que lo catapultarían en su creciente liderazgo. Luego de batirse con el hijo mayor del cacique de los maracayes y obtener la victoria, Guaicaipuro sería nombrado líder máximo de los Teques y los Caracas con soberanía sobre los araguas, los maracayes y los cumanagotos.

Las incursiones de Francisco Fajardo

Los españoles habían empezado a explorar las costas venezolanas desde 1498, pero sería sólo en la segunda mitad del siglo XVI que estarían cerca de enfrentarse a los indígenas y al cacicazgo de Guaicaipuro en Los Teques y el valle de Caracas. Para entonces, Venezuela estaba gobernada por Don Pablo del Collado, Gobernador y Capitán General de Venezuela entre 1559 y 1561. Collado tendría como colaborador inmediato a Francisco Fajardo (1524-1564), conquistador, hijo de español y cacica guaiquerí; nombrado Teniente General para asaltar los territorios de los caracas, “con poderes amplios para conquistar, poblar y dividir la tierra en encomiendas”.

En 1560, Fajardo llegó al valle del Guaire, lo fundó con el nombre de San Francisco; más tarde, bajó a la costa

e hizo lo mismo con el puerto de Caraballeda, dándole el nombre de Villa de El Collado. El hecho que despertaría las ansias desesperadas del expedicionario, fue el descubrimiento de minas de oro en la zona de los teques. Esto iniciará un combate sin tregua entre los conquistadores, que buscaban los depósitos del preciado metal, y los pueblos indígenas de las zonas invadidas, quienes se defenderían tenazmente, con Guaicaipuro, como cacique supremo. Es así como los indígenas guerreros bajo su mando saquearon, quemaron y mataron a los moradores extranjeros que fueron asentándose en el Valle de San Francisco. La resistencia indígena abrió el camino para el combate frontal.

Don Diego de Losada y el recrudescimiento de la guerra

En 1565, el Gobernador y el Capitán General de la Provincia de Venezuela, Alonzo Bernáldez de Quirós (1564-1566), designaría, en 1566, al conquistador español Diego de Losada (1511-1569) para que realizara, de una vez por todas, el sometimiento del pueblo de los caracas, empresa en la cual habían fracasado Francisco Fajardo, Luis de Narváez y Juan Rodríguez Suárez. Se destaca entre las atribuciones de Losada, "procurarse armamentos, pertrechos y provisiones de bagajes para el mejor apresto de los parapetos y herramientas de las fortificaciones, que era el principal objetivo táctico con que se pensaba probar de someter

a indígenas". Según la versión que nos relata Francisco Alejandro Vargas en su trabajo, "Guaicaipuro, el cacique de Los Teques", una vez que concluyeron los preparativos de la campaña, ésta arrancó desde Tocuyo al mando de Losada, reclutando en el camino otros castellanos, algunos negros esclavos e indios, pasando luego desde allí a Villa Rica (en la actualidad Nirgua, estado Yaracuy).

En Mariara, lugar hasta donde prosiguieron, Losada pasó revista a un ejército que contaba con más de 1265 infantes y con una carga de armamento considerable. Los tarmas, los mariches, los aruacos y muchos otros pueblos conducidos por sus líderes, acudieron al combate desafiando a los invasores con los gritos que les arrancaba el valor. Más de diez mil indios oponían resistencia a la conquista. La batalla se intensificó de tal manera al emplear Losada los cañones, que Guaicaipuro tuvo que ordenar la retirada.

Estando en el valle de San Francisco, Losada y su tropa combatirían a muerte con los indígenas en las serranías. Los aborígenes preferían pelear antes que entregarse a las inhumanas encomiendas, ya que "habían violado los primeros conquistadores los tratados, que los indígenas perdieron para siempre toda confianza en la palabra de los blancos, y en la perspectiva de

convertirse en esclavos, preferían resistir hasta ser completamente exterminados". Losada se dispuso a reedificar el Valle de San Francisco, donde finalmente fundó la ciudad de Santiago de León de Caracas, el día 25 de julio de 1567.

Guaicaipuro y la Batalla de Maracayana: el destino final de la resistencia

En 1568, Guaicaipuro convocaría a todos los caciques del Valle de Caracas con la idea de asediar enérgicamente a la recién fundada ciudad de Santiago de León. La estrategia era reunir a todos los caciques vecinos y crear una alianza guerrera en la sabana de Maracayana, para emprender el ataque final. Los pueblos de naiguatá, uripata, guaicamacuto, amarigua, mamacuri, querequemare, prepocunate, araguaire, chiricumay, torocaima y guarauguta, sumarían en total siete mil efectivos de combate. No se quedó atrás la colaboración de las comunidades mariches, aricabuto, aramai-puro, carallare y petare, brindando a la coalición más de cuatro mil arqueros letales. Perfilando la escuadra con Guaicaipuro, Jefe Supremo de la batalla, estaban los caciques Paramaconi, Tiuna, Urimare y Paramacay.

Con lo que no contaría la alianza indígena era con la perversidad de los conquistadores. Enterados del ataque, Diego de Losada y su lugarteniente, Pedro

Alonso Galeas, distrajeron una parte del ejército indígena, creando la dispersión y, en consecuencia, la pérdida de la maniobra. Con el ejército de Guaicaipuro dividido, la lucha sería sin embargo, contundente. Cruenta y bravía, empujada por el valor y las arremetidas de ambos ejércitos, los indígenas decidieron lanzarse en masa a la ciudad, pareciendo indeciso su resultado final, "pero la supremacía de las armas españolas se impuso al esforzado coraje de los indígenas, y en breve las brillantes legiones de Guaicaipuro hubieron de moverse, perdiendo terreno a cada paso, mientras los audaces invasores seguían abriendo brechas temibles en sus diezmadas filas".

La crónica de una muerte heroica

Las terribles derrotas infringidas al cacicazgo supremo de Guaicaipuro, mermaron el valor de las demás comunidades guerreras. Vino con ello la traición de otros caciques que se unieron al yugo del conquistador Don Diego de Losada. En esta línea consecuencial, el sistema de encomiendas empezaría a establecerse en el Valle de Caracas; la explotación, el engaño y el lucro inhumano serán las puntas de lanza de aquella pérdida trágica.

Sin embargo, la semilla de la resistencia rendiría sus frutos gracias al ejemplo inmortal de aquellos

guerreros indígenas. Guaicaipuro, líder fundamental de ésta, será el fantasma del conquistador Losada: allí en donde veía la oposición, la rebeldía y la potencia indígena, entraría en cólera. Losada decidiría poner precio a su cabeza y dictaría públicamente los cargos de homicidio, robo, asalto y violación en su contra; confió este delicado encargo al alcalde Francisco Infante quien, con indios que conocían el paradero del cacique, salió de Caracas con 80 hombres.

A fines de 1567 o inicios de 1568, Infante y sus hombres, conducidos por guías nativos que habían sido chantajeados, dieron con el paradero de la choza de Guaicaipuro, en las cercanías de Paracotos. Según la leyenda, Guaicaipuro prendió fuego a su choza y se suicidó antes de permitir que los españoles lo encontraran con vida. Sin embargo, la otra versión sobre su muerte, que es la que ofrece el cronista José de Oviedo y Baños, narra que tras una larga batalla por su vida, los españoles, imposibilitados de entrar a la choza, decidieron lanzar una bomba de fuego sobre el techo de paja, obligando a salir a Guaicaipuro, quien perece luchando con la espada que le había ganado a Juan Rodríguez Suárez, conquistador español ajusticiado por él en 1561.

● ÚLTIMAS PALABRAS DE GUAICAIPURO

Que según nos refiere el autor, fueron transmitidas por los soldados de Infante a Don Diego de Losada, y éste a su vez las transmitió al real Consejo de Indias: “¡Ah españoles cobardes!, porque os falta el valor para rendirme os valéis del fuego para vencerme. Yo soy Guaicaipuro, a quien tanto buscáis y nunca tuvo miedo a vuestra nación soberbia: pero, pues, ya que la fortuna me ha puesto en lance, en que no me aprovecha el esfuerzo para defenderme, aquí me teneis; matadme para que con mi muerte, os veáis libres del temor que siempre os ha causado Guaicaipuro”

ANTES DE LA INVASIÓN: LA VENEZUELA PREHISPÁNICA. MODELOS PARA ARMAR NUESTRO PASADO Y PRESENTE INDÍGENA

La historia de Venezuela es mucho más antigua de lo que usualmente creemos. Tradicionalmente, nos han enseñado a valorar sólo el corto período de nuestra historia que corresponde a la inserción del territorio venezolano dentro del panorama occidental a partir de la presencia europea. Sin embargo, nuestra historia indígena abarca muchos siglos más de ocupación y desarrollo sociocultural.

Se hace necesario, antes de continuar, hacer algunas aclaratorias teóricas y metodológicas. Es un grave error pensar a Venezuela, especialmente para el período prehispánico y su consecuencia histórica indígena posterior, como una sola y monolítica identidad adherida a un territorio. Lejos de una etnicidad única, la formación de la población venezolana desde sus orígenes ha sido múltiple y variada. Venezuela, como unidad nacional, debe ser vista precisamente a partir de su diversidad cultural y de su complejidad histórica, en relación con las diversas tradiciones que la constituyen, y en el marco de su específica conjunción en el

contexto nacional (regional y local) y de las prácticas que la activan en la vida cotidiana del pueblo.

Aún cuando los límites territoriales nacionales actuales pueden en algunos aspectos corresponder a fenómenos naturales o culturales que se proyectan en el pasado lejano, responden principalmente a necesidades económicas y sociopolíticas establecidas a partir del proceso colonial. Sería arbitrario, entonces, imponer límites establecidos para la nación en períodos históricos posteriores a la comprensión de América, antes de la presencia europea. Nuestro espacio debe ser entendido en su relación con el contexto continental y en constante interacción con los niveles nacionales, regionales y locales. Podremos incluso suponer que las raíces históricas primigenias de América Latina y la base de la unidad cultural latinoamericana y caribeña –piedra angular para la unión presente de las naciones de este sector continental– pueden encontrarse en los procesos de amplio alcance regional del período prehispánico (o preeuropeo, según el contexto nacional particular).

No realizaremos un inventario de las distintas tradiciones y culturas establecidas para el pasado prehispánico venezolano, lo que equivaldría a repetir el error de describir una inmensa cantidad de rasgos,

básicamente cerámicos, que han servido para clasificar este período desde la perspectiva positivista histórico-cultural. Por el contrario, desarrollaremos algunos aspectos relevantes para la comprensión del pasado prehispánico venezolano desde una perspectiva social, destacando temas que consideramos cruciales para colocarnos en el contexto del proceso de formación cultural e históricoamericana.

Los primeros pobladores venezolanos: cazadores de grandes mamíferos

Las primeras ocupaciones del territorio venezolano representan unas de las más tempranas del territorio americano con tecnologías únicas en todo el continente. Durante el período geológico conocido como el Pleistoceno Tardío, grupos humanos posiblemente provenientes del norte llegaron y se asentaron en la costa noroeste del territorio venezolano. Sitios como Taima-Taima en el estado Falcón –con el que están relacionados otros sitios en la región, como Muaco o El Jobo– testimonian que los primeros ocupantes del territorio venezolano llegaron alrededor de 13.000 años A.P. Este período es conocido en la arqueología venezolana tradicional como Paleoindio.

La teoría del poblamiento temprano de América plantea que los primeros habitantes de nuestro continente

arribaron desde Asia a través del Estrecho de Bering durante la Glaciación de Wisconsin I, hace aproximadamente al menos 24.000 años A.P. –algunos incluso se aventuran a plantear fechas de hasta 40.000 años A.P.–. Estos grupos humanos eran cazadores especializados en la captura de grandes mamíferos pleistocénicos y migraron precisamente siguiendo el movimiento de su principal fuente de sustento a través de los corredores interglaciares de las Laurentidas, únicos espacios para este período que podían garantizar la subsistencia de animales tanto herbívoros como carnívoros. Al llegar a las grandes planicies norteamericanas se especializaron en la cacería del mastodonte y desarrollaron una tecnología de puntas de proyectil de piedra conocida como la Tradición Clovis. Gran parte de las teorías sobre el poblamiento del resto de América suponen que desde este foco se pobló posteriormente el resto del continente.

Sin embargo, los sitios venezolanos son de gran importancia para entender el contexto continental, ya que contradicen esta teoría en, al menos, tres sentidos. En primer lugar, la industria lítica percutida –fabricación de utensilios de piedra por percusión– que caracteriza a la costa occidental venezolana, conocida como Tradición Joboide, es distinta formalmente de la Tradición Clovis, lo que también pone en duda el supuesto

origen Clovis del resto de las culturas tempranas americanas. En segundo lugar, son incluso más antiguos que los hallazgos en el norte del continente lo que cuestiona la teoría de poblamiento aceptada. Y, en tercer lugar, por ser más antiguos y estar al sur del continente, podrían evidenciar otras posibles rutas u oleadas de migración de estos grandes cazadores.

Los antiguos pobladores de estas regiones falconianas coexistieron con grandes mamíferos actualmente extintos como el mastodonte (*Haplomastodon guyanensis*), megaterio (*Ermotherium rusconi* shaub) y el gliptodonte (*Glyptodon clavipes* owen), que representaban su subsistencia primordial. En sitios como Taima-Taima, se han encontrado puntas de proyectil asociadas con el Complejo El Jobo, con una antigüedad entre 12.980 y 14.200 años A.P., que darían cuenta de esta forma de subsistencia.

Los instrumentos de piedra percutida de El Jobo, que toma su nombre de un sitio formado por un conjunto de terrazas aluvionales en la cuenca del río Pedregal, estado Falcón, presenta una ilustrativa secuencia de la evolución y diversas variantes tecnológicas de estos primeros cazadores venezolanos. Está compuesta por cuatro complejos consecutivos caracterizados por distintos tipos de artefactos elaborados

principalmente en arenisca cuarcítica y asociados con diferentes estrategias de cacería. El primero, Camare –aproximadamente entre 22.000 y 20.000 años A.P.–, comprende grandes cuchillos, raspadores y percutores bifaciales polivalentes, los cuales pudieron haber sido utilizados en la cacería directa. Esta estrategia consistía en el aislamiento de la presa por un grupo de cazadores para darle muerte a golpes con artefactos de piedra enmangados o con palos afilados. El segundo es el complejo Las Lagunas –aproximadamente entre 20.000 y 16.000 años A.P.–, caracterizado por trianguloides y alargados instrumentos bifaciales de menor tamaño, utilizados en la cacería semidirecta y que iban engastados en lanzas y punzones.

Seguidamente se encuentra el complejo El Jobo –aproximadamente entre 16.000 y 9.000 años A.P.–, en el que aparecen las distintivas puntas de proyectil joboides de forma lanceolada bifacial y de sección lenticular. La punta de proyectil en forma de dardo engastada en una lanza era utilizada con un propulsor que facilitaba la precisión y la velocidad en la perforación del animal. Con esta invención se abrió una nueva etapa de cacería a distancia con la cual el hombre comenzó a cazar en forma individual y a aprovechar nuevas especies de tamaño menor y más veloces, tales como el venado y los roedores (además de la megafauna).

Finalmente, en el Complejo Las Casitas –aproximadamente entre 9.000 y 5.000 años A.P.–, la punta de flecha con pedúnculo para ser ensartada en la lanza se agrega a los instrumentos anteriores. La cacería a Larga Distancia con arco y flecha facilitaron la captura de peces, aves y animales pequeños y coincidió con el inicio de los cambios climáticos que marcarían el inicio de la siguiente etapa en la historia prehispánica.

Otros yacimientos en el territorio venezolano han arrojado evidencias de tradiciones líticas tempranas distintas, que darían cuenta de la diversidad cultural de nuestro territorio desde los inicios de su historia. Los posibles percutores y raspadores en madera fosilizada de Manzanillo (estado Zulia) o los raspadores planoconvexos en jaspe y lascas en basalto de Tupuquén y Cueva del Elefante (estado Bolívar) son sólo algunos ejemplos.

Durante este período, los grupos humanos vivían en dependencia directa de los medios de subsistencia presentes, especialmente los grandes mamíferos. Su economía podría definirse como apropiadora, ya que obtenían directamente del medio ambiente los recursos para la subsistencia sin la implementación de técnicas de producción controladas. Las condiciones medioambientales del Pleistoceno Tardío eran distintas a las actuales ya que existía una mayor extensión

de tierras debido al nivel más bajo de las aguas, mayor pluviosidad y humedad, temperaturas más bajas y mayor cobertura vegetal. Esto hace suponer que, además de la cacería de grandes mamíferos, estos grupos desarrollaban otras estrategias productivas de las que aún no tenemos evidencias, tales como la recolección de frutos y especies vegetales, y la recolección y pesca de especies marinas.

Debido a la profunda dependencia de estos grupos respecto de la megafauna, su fuente de subsistencia básica, su modo de vida estaba determinado por la movilidad de estos animales. La distribución de las evidencias arqueológicas hace suponer que estos grupos practicaban el nomadismo restringido, definido como un patrón de asentamiento errante dentro de un territorio reconocido como propio siguiendo pautas naturales o ciclos estacionales para la movilidad. Este tipo de bandas presenta usualmente una baja densidad poblacional: grupos territoriales de menos de 100 individuos, organizados en microbandas consanguíneas de 12 a 35 personas. A pesar de ser unidades sociales igualitarias en las que existía una propiedad colectiva sobre los bienes, se generaba una división sexual del trabajo en la que, probablemente, los hombres elaboraban los instrumentos líticos y desarrollaban la cacería mientras las mujeres se

encargaban de la recolección de frutos y raíces y del cuidado de los niños.

EL CAMBIO HACIA LA SOCIEDAD CAZADORA, PESCADORA Y RECOLECTORA ESPECIALIZADA (I)

La comprensión de nuestras culturas milenarias supone una de las grandes tareas de la arqueología venezolana. Resulta valioso analizar, basándonos en los hallazgos materiales, la diversidad económica y cultural que nuestros pueblos ancestrales tuvieron hace más de siete mil años. En esta primera entrega se comprueba el tránsito de nuestras comunidades indígenas hacia la especialización de sus modos de vida: la caza, la pesca y la recolección. Tríada importante que nos revela los adelantos productivos, tecnológicos y socioculturales de nuestras raíces.

La diversidad económica y cultural venezolana posee una gran profundidad histórica que se interna en el más remoto pasado. Desde los inicios del poblamiento de nuestro territorio diversos grupos culturales han interactuado con el medio ambiente. El espacio-temporal de arranque de esta diversidad sociocultural es precisamente el que ahora referiremos. A partir de alrededor de 7.000 a 5.000 años A.P. y hasta al menos 1.000 años A.P. se produce la transición entre la sociedad de cazadores de grandes mamíferos y la formación económico-social tribal en Venezuela. Este período

es conocido en la arqueología venezolana tradicional como Mesoi ndio.

Los cambios en el medio ambiente que definen el inicio del Holoceno Temprano modificaron profundamente las sociedades que habitaban nuestro territorio para el momento. Durante este ciclo las temperaturas globales aumentaron; los cascos polares cedieron y, por lo tanto, el nivel de las aguas inundó grandes extensiones de tierra anteriormente ocupadas; la cobertura vegetal retrocedió en algunas zonas intertropicales; nuevos medioambientes surgieron y se diversificaron en las cadenas costeras y en tierra adentro, y la megafauna se extinguió. En consecuencia, los contingentes humanos fueron obligados a movilizarse a otros territorios, a interactuar con medios nuevos y modificar sus estrategias de producción y su forma de organización.

En el transcurso de esta etapa predominó un modo de trabajo relacionado con la caza, la pesca y la recolección, que probablemente estuvo presente de manera menos decisiva en el período anterior, durante el cual se convivió con la cacería de grandes mamíferos. En consecuencia, cambios en la producción, tales como la explotación de recursos en las costas, la recolección intensificada y la cacería de pequeños mamíferos, produjeron modos de vidas diversificadas y nuevas

formas de organización social. Podríamos agrupar múltiples estrategias socioculturales reconocidas para este período en las siguientes variantes diferenciadas productiva, ecológica, geográfica y tecnológicamente.

Las costas sucrenses

La primera variante corresponde a la presencia, sobre todo en la costa oriental venezolana, de grupos de pescadores y explotadores de recursos marinos de costa y alta mar que dominaban las técnicas de navegación y que, según las evidencias, poblaron las islas cercanas a nuestras costas sucrenses (Margarita, Cubagua, Manicuare, Trinidad, Tobago) y posteriormente se desplazaron hacia el resto de las Antillas. Los sitios de esta tradición en Venezuela, caracterizados todos por la presencia de inmensas concentraciones de residuos de gasterópodos y bivalvos consumidos (concheros), forman la denominada tradición manicuaroide y representan una clara secuencia tecnológica de este lapso de transición de aumento y diversificación en los instrumentos de concha hasta la aparición de la cerámica, característica de la formación tribal. Su primera ocupación, denominada Cubagua (aproximadamente de 2325 años a.C.), comprende lascas líticas para fabricar arpones, martillos líticos para abrir conchas, algunos elementos de piedra pulida como las piedras de dos puntas, puntas de proyectil de hueso y

concha y discos y anzuelos de conchas. La segunda, Manicuare (aproximadamente entre 1730 y 1190 años a.C.), presenta, además de lo anterior, gubias de concha, artefactos elaborados con la punta del botuto (*strombus gigas*) para la elaboración de embarcaciones, cuentas y colgantes de concha, piedra pulida y hueso, y pesas de redes. Las ocupaciones Punta Gorda y Carúpano, además de los objetos referidos, presentan escasa alfarería, lo que supone su relación con grupos tribales agroalfareros que desde tierra firme estaban entrando en contacto con ellos.

Los grandes concheros y la extracción en los manglares

Una segunda variante productiva está representada a todo lo largo de las costas venezolanas por grandes concheros producidos por grupos recolectores y pescadores costeros en sitios como La Pitía (estado Zulia), Maurica o Pedro García (estado Anzoátegui). En estos concheros se encuentran fragmentos de instrumentos de piedra percutida utilizados para abrir las conchas de los gasterópodos y bivalvos para el consumo humano.

Una tercera variante, muy restringida a ecosistemas delimitados de la costa norte sucrense, es la de los recolectores de manglares, es el caso de los sitios Ño Carlos, Remigio, Las Varas y Guayana. El ecosistema

de manglar jugó un papel significativo en el proceso de sedentarización y de cambios sociales entre las poblaciones de antiguos recolectores del noreste de Venezuela entre 5000 y 2000 años a.C., ya que representa un conjunto de complejas interrelaciones de la cadena alimenticia de excepcional importancia para las sociedades que dependen para su subsistencia de la recolección marina y constituye una fuente de materias primas: madera, resinas, fibras, pigmentos, entre otras, así como también un extenso conjunto de fuentes de proteínas, especialmente una gran variedad de moluscos, peces, reptiles y pájaros que tienen su nicho en el manglar. Al margen de las variantes en los modos de trabajo de estas sociedades, la mayoría de sus sitios se hallan en concheros que presentan restos de moluscos, bivalvos y crustáceos, junto con otra fauna, como pequeños mamíferos y aves. Están asociados con instrumentos de piedra percutida para abrir las conchas (lascas, puntas, etc.), otros de piedra pulida destinados a la pesca (pesas) y a la agricultura incipiente (majadores, piedras de moler, etc.), y punzones, cuchillos y agujas de hueso o concha relacionadas con la industria textil y la elaboración de redes.

Similar a la anterior, encontramos una cuarta variante vinculada con posibles recolectores, pescadores y cazadores en la costa oriental venezolana en sitios tales

como El Conchero y El Peñón (estado Sucre). Sin estar en antiguos ecosistemas de manglares, representan pequeños concheros en los que básicamente se hallan instrumentos de piedra percutida con formas poco definidas y que podrían cumplir funciones múltiples en las actividades de cacería y recolección. Una quinta variante está representada por un modo de vida similar en las costas centro occidentales, como se manifiesta en los sitios El Heneal, Iguanas (estado Falcón) y Cabo Blanco (estado Vargas), en los que, además de los instrumentos de piedra percutida informal en pequeños concheros, se localizaron instrumentos de piedra pulida como piedras de moler y metates, que evidencian la presencia de prácticas agrícolas experimentales o protoagricultura.

La actividad protoagricultura y los cazadores de tierra adentro

Precisamente, en relación con esta última actividad económica se desarrolla la sexta variante. En el sitio de Michelena (estado Carabobo) se han encontrado evidencias que manifiestan una ocupación de protoagricultores, quienes, además de dedicarse a la cacería y la pesca lacustre, parecen haber experimentado algunas prácticas de procesamiento de semillas manifestadas por la presencia de artefactos de piedra pulida como metates, piedras de moler y majaderos cónicos.

Finalmente, una séptima y última variante está representada por grupos cazadores de tierra adentro, como los presentes en sitios como Canaima y Tupukén (estado Bolívar), los cuales están caracterizados por el uso de instrumentos de piedra percutida y pulida asociados con la cacería (afiladores, raspadores, cuchillos y puntas de proyectil). No queremos dar la impresión de que la aparición de un nuevo período supone la desaparición absoluta de los modos de vida precedentes. Pensamos lo contrario; tanto es así que aún en el presente persisten en algunas regiones venezolanas formas de organización sociocultural y estrategias productivas que se mantienen desde el surgimiento de las sociedades cazadoras, recolectoras y pescadoras especializadas, tales como los grupos pescadores costeros —en Sucre y Falcón, por ejemplo— y algunos grupos indígenas, como los warao, que aún subsisten de la pesca, recolección y cacería de pequeños mamíferos al interior del país.

LAS CULTURAS PRIMIGENIAS DEL ORIENTE Y OCCIDENTE VENEZOLANO

Con la aparición de las prácticas agrícolas se produce un proceso de transformaciones sociales y culturales en la historia antigua de Venezuela, que desemboca en el surgimiento de las primeras organizaciones humanas productoras de alimentos desde muy temprano: la sociedad tribal, período conocido en la arqueología venezolana tradicional como Neoindio, representado en nuestro territorio por culturas presentes al menos desde 1000 años a.C. hasta la invasión europea.

Esta etapa histórica se caracteriza por la aparición de dos innovaciones tecnológicas: el surgimiento de la agricultura y la cerámica, cuyas evidencias más tempranas en Suramérica se encuentran en la costa noreste de Colombia, en el complejo Puerto Hormiga (3090 a.C.). La fecha más antigua de manufactura de cerámica en América (5350 años A.P.), se encuentra también en esta región en el sitio de Monsú y se equipara con las fechas obtenidas en Valdivia, Ecuador (3000 años a.C.).

La transformación en la costa colombiana se relaciona con los inicios de la domesticación de ciertas

especies de raíces, tubérculos y rizomas, denominado vegecultura, y el desarrollo de la tecnología necesaria para su procesamiento y consumo, cuya evidencia arqueológica está relacionada con la aparición de las microlascas para los rallos y los budares de cerámica. Sin embargo, esta práctica se asocia con la caza, la pesca y la recolección como actividades complementarias para la subsistencia, característica de regiones tropicales, en especial de selvas. En las tierras bajas de Suramérica los cultivos característicos fueron la yuca y la batata, y en regiones al noreste, el mapuey, el ñame y rizomas como el lairén. En otras regiones, el maní, la papa, la jícama y el ulluco.

La vegecultura se caracteriza por el empleo del conuco y la técnica de la roza y quema; alternativa que mantiene el ecosistema natural, ya que las condiciones medioambientales de las selvas tropicales suramericanas son muy particulares, siendo de limitado potencial agrícola por su baja capacidad de regeneración y poco contenido de nutrientes y minerales. Esto hace que sus poblados se compongan de pequeñas comunidades —agrupadas principalmente en núcleos familiares—, capacitadas para realizar las actividades cotidianas de subsistencia contando con la colaboración comunal en algunos casos. Por lo tanto, la especialización regional

es muy limitada y el intercambio se da en relación con materias primas espacialmente restringidas.

En el Orinoco

El Orinoco Medio y Bajo jugó un papel nodal durante este período, en el cual grupos de tierras bajas tropicales procedentes de la cuenca amazónica comenzaron a ocupar este territorio y a introducir sus estrategias de explotación e interacción con el ambiente. Igualmente, como lo demuestran las evidencias de ocupaciones de las tradiciones ronquinoide y barrancoide en el Orinoco, alrededor del primer milenio antes de Cristo, introdujeron una rica herencia cultural —posiblemente de origen arawaka— que para el momento se expandía desde el epicentro amazónico hacia toda su periferia continental.

El sitio de Barrancas (estado Monagas), en el Bajo Orinoco, se formó como una aldea permanente alrededor de 1010 años a.C. Durante su período Preclásico (1010 a 500 años a.C.), las aldeas barrancoides eran pequeños poblados autosuficientes. Su subsistencia se basaba en el cultivo de la yuca, complementado con la caza, la pesca, la recolección de caracoles y moluscos de agua dulce. La sofisticada técnica alfarera presenta formas y decoraciones simples con

predominio de la incisión, el modelado inciso y la pintura blanca o roja total.

Los cambios hacia el período Clásico (500 años a.C. a 750 d.C.) manifiestan intensificación en la vegeticultura, producción de excedentes, aumento poblacional y descenso de la cacería, la pesca y la recolección. La cerámica es más elaborada, uniforme y diversa, lo que debe responder a un cambio hacia la especialización. Aparece la decoración bicolor, la incisión, el modelado y la pintura blanca sobre rojo; se complejiza el modelado inciso, con grandes y recargados adornos biomorfos. La vida ceremonial y religiosa, expresada en los adornos antropomorfos y zoomorfos modelado incisos, refleja una visión animista en la que las deidades se relacionan con su medio natural. Existen prácticas funerarias diferenciadas desde enterramientos directos primarios sin ofrenda y enterramientos secundarios en silos con ofrendas.

El intercambio de productos entre comunidades parece haber sido un factor sociopolítico importante para la cohesión entre aldeas autónomas. Se produce también un fenómeno de segmentación —por la incapacidad del modo de vida de soportar grandes poblaciones— y expansión —debido a la necesidad de explotar nuevos medios—. Surgen, así, nuevos

poblados periféricos en la región (Macapaima, Los Culises, Coporito), y a su vez se expanden hacia la costa central y oriental venezolana, la laguna de Tacarigua, costas de Guyana, el área amazónica e, incluso, gran parte del arco antillano.

Los nuevos grupos

El Posclásico (900 a 1500 D.C.) se inicia con la aparición de los grupos arauquinoideos en el Bajo Orinoco, quienes venían expandiéndose desde los llanos apureños pasando por el Orinoco Medio. Tienden a desaparecer las formas y decoraciones barrancoides, predominando una técnica decorativa con incisión geométrica rectilínea, combinada con el punteado y modelado. Estos nuevos grupos manejaban una tecnología que complementaba el cultivo de la yuca con el del maíz. Mientras que en la región del estado Lara se desarrolló la tradición tocuyanoide, asociada con la semicultura; cuyo modo de vida se caracteriza por un sistema productivo centrado en el cultivo de especies vegetales que se reproducen por semillas, como el frijol, la calabaza, y especialmente el maíz; practicando a su vez la caza, la pesca y la recolección.

A diferencia de las tierras bajas amazónicas, las regiones conocidas como tierras altas, tanto el piedemonte como las franjas altitudinales subandina y

andina, presentan condiciones excepcionales para la producción agrícola. Sus suelos, de conformación geológica más reciente que los amazónicos, poseen abundantes nutrientes que permiten una mayor producción, menos marcada por las estaciones, una mayor variedad de tipos y técnicas de cultivo y, por lo tanto, una economía más diversificada y un intercambio más activo entre habitantes de distintas regiones.

Otros sistemas

La semicultura posiblemente promovió el surgimiento de una tecnología agrícola que exigía mayor inversión de tiempo y de trabajo expresado en la construcción de los sistemas de regadío, diques, terrazas, camellones y todo un amplio complejo de construcciones ceremoniales. Debido a esta inversión de trabajo, las sociedades se nuclearon alrededor de estas áreas de producción generándose una mayor especialización en las actividades sociales, tendencia a la sedentarización, concentración poblacional y la creación de un paisaje cultural más estable y humanizado.

La característica principal de este sistema residía en mantener reservas alimenticias durante los períodos de escasez y el desarrollo de una división ocupacional en las labores de subsistencia que permitía una explotación intensiva y simultánea de todos los recursos

alimenticios disponibles. Arqueológicamente, la existencia de formas de subsistencia semejantes podría detectarse por la presencia de instrumentos de piedra pulida asociados con el procesamiento de granos como metates, manos de moler y majadores en los sitios habitados, presentando largas secuencias de ocupación que suponen una gran estabilidad de las poblaciones.

En Venezuela, al menos 600 años a.C., la costa occidental del Lago de Maracaibo y los valles en las estribaciones septentrionales de los Andes venezolanos estaban habitados por comunidades indígenas fabricantes de alfarería decorada con pintura polícroma y complejos motivos modelados incisos sobre las paredes de las vasijas. Los grupos tocuyanoides, quienes habitaban gran parte del estado Lara y el piedemonte de los Andes venezolanos, pertenecían a esta tradición y estaban relacionados con Lagunillas (estado Zulia) con una fecha de 400 años a.C. y La Pitía (estado Zulia) de 10 a.C., estilos Horno y Loma de la Sierra de Marta (Colombia) y Coclé (Panamá).

Aunque no hay evidencias que lo afirmen, se ha asumido que estas poblaciones tempranas introdujeron en la región el cultivo del maíz. Sin embargo, la presencia de complejos precerámicos con artefactos

de piedra pulida como metates, morteros, manos de moler y majadores podrían representar antecedentes protoagrícolas en Venezuela —como el caso del complejo Michelena—. Aun cuando es posible que este cultivo se haya asociado con el de la yuca en otras regiones más tropicales de Venezuela, el sustento basado principalmente en el maíz caracterizó durante este período formativo temprano gran parte de las sociedades occidentales venezolanas.

DIVERSIDAD CULTURAL Y TRANSFORMACIÓN DE LOS GRUPOS PRIMIGENIOS VENEZOLANOS

A partir del primer milenio d.C. se producen dos procesos cruciales en el desarrollo cultural venezolano: la ruptura de la diferenciación entre las culturas de oriente y occidente y el surgimiento de modos de vida jerárquicos cacicales a partir de las sociedades semicultoras occidentales. Las culturas primigenias venezolanas estaban marcadas por una dicotomía cultural que, en líneas generales, definía al occidente y al oriente del país como dos grandes modos de vida y tradiciones culturales distintas. Sin embargo, la compleja y dinámica red de relaciones económicas e interculturales entre las diversas sociedades que se asentaron en nuestro territorio fue produciendo un proceso de fusión y recreación social que permitió el surgimiento de nuevas modalidades culturales más mixtas e integradas.

Los grupos arauquinoides que ocuparon originalmente el área llanera occidental venezolana y los llanos occidentales colombianos alrededor de 300 d.C. se movilizaron entre 600 a 700 d.C. muy rápida y agresivamente hacia la cuenca del Orinoco y ocuparon gran parte de la zona del Orinoco Medio (entre Puerto

Ayacucho y Ciudad Bolívar). Estos grupos, además de introducir una tradición cultural caribe en un territorio previamente dominado por arawakos, aplicaron probablemente por primera vez una tecnología semicultora más intensiva en la región.

Posteriormente, alrededor de 1100 años a.C., influyeron en la costa central y el área del Lago de Valencia dando origen a una de las culturas más complejas y ricas de la Venezuela anterior a la llegada de los españoles, la cual controló gran parte de la costa central venezolana (desde Tucacas a Río Chico) y sus territorios insulares como Los Roques.

De la misma manera, en un período similar —y probablemente debido a la presión de los grupos caribe en la zona del Orinoco— los grupos barrancoide y ronquinoide se movieron hacia las costas venezolanas. En el caso de la costa central, específicamente los barrancoides en el área de Valencia, posiblemente se unieron a los protoagricultores locales y crearon una rica cultura denominada La Cabrera. En el movimiento hacia la costa oriental, los grupos barrancoide y ronquinoide se integraron en la costa venezolana y compartieron elementos culturales con los ya existentes pobladores costeros, conformando la poderosa tradición saladoide, que al mobilizarse por todo el arco antillano dio origen a gran

parte de las tradiciones agroalfareras de las Antillas menores y mayores, incluyendo los tainos que Colón encontró a su llegada a La Isabela.

Desde la costa occidental, otros grupos más tardíos como el dabajuroide, alrededor de 1100 años a.C., se movieron a partir de su centro de origen en Falcón por toda la costa venezolana hasta conquistar territorios tan lejanos como la isla de Margarita.

La sociedad cacical

Es precisamente a partir de esta nueva diversidad cultural venezolana que se generan diversificadas y más eficientes modalidades de trabajo que permitieron el desarrollo de estructuras socioculturales más elaboradas, tales como la estructura cacical, que sentaba las bases para la formación de una sociedad jerárquica.

Un buen número de los grupos culturales que ocuparon el occidente y la costa central venezolana para el período entre 1100 y 1500 a.C. podrían precisamente ser considerados cacicazgos. Entre estas culturas podríamos contar los casos de las sociedades noroccidentales y andinas que ocuparon los estados Zulia, Falcón, Lara, Trujillo, Mérida y Táchira, asociadas en general a las tradiciones tierroide y dabajuroide, los complejos sitios con montículos, camellones y calzadas en los llanos

altos barineses representativos de la ocupación osoide tardía y la expansiva cultura norcentral valencioide.

El proceso de especialización en el trabajo se profundiza, y ciertos individuos se distancian del papel de productores primarios de bienes de subsistencia — como agricultores o cazadores — y se dedican al procesamiento de materias primas específicas — como los artesanos —, a la redistribución de bienes manufacturados, a coordinar y controlar actividades sociales y a suministrar servicios de orden gerencial y/o simbólico. De esta manera, se comienzan a deslindar y diversificar las funciones sociales, entre las cuales, según Iraida Vargas, se comprenden "...organización de la fuerza de trabajo colectiva para la ejecución de obras de interés público; resolución de pleitos y rencillas o problemas entre aldeas; reparto de la producción; organización de la defensa colectiva ante eventuales enemigos; predecir el tiempo y propiciar la buena voluntad de los dioses para la cosecha y para las actividades productivas que ejecuten las distintas aldeas; garantizar el funcionamiento del mundo secular o religioso en relación a las actividades productivas que realiza la aldea o un grupo de ellas". En consecuencia, el rol jugado por estos individuos, diferente al de los productores primarios, implica el surgimiento de rangos, estamentos y jerarquías dentro de la estructura social.

Los lazos de parentesco

Este carácter del rango, aún asociado a los lazos de parentesco y de descendencia del grupo, marca el inicio de un control social diferenciado por parte de dichos dirigentes y, por lo tanto, un acceso privilegiado a los bienes, ya que parte del producto colectivo es apropiado por el grupo que mantiene el poder político. A cambio de su propio trabajo de coordinación y control de la producción como redistribuidores, caciques y shamanes se reservan parte del producto dándole derecho al grupo a un consumo controlado por sus propias reglas de distribución e intercambio. A nivel intertribal se producen enfrentamientos y guerras por la propiedad del territorio tribal y, al mismo tiempo, la dinámica de conflictos y alianzas entre tribus se complejiza e intensifica.

De esta manera, el paisaje natural se comienza a modificar: surgen construcciones artificiales que, bajo la coordinación y control de los líderes, optimizan la defensa, la producción y manifiestan los rangos de los distintos estratos sociales tanto dentro de las comunidades como entre las aldeas. Se construyen montículos agrícolas y habitacionales, empalizadas para defender las aldeas y calzadas para comunicar las distintas aldeas; se construyen diques, camellones y calzadas que controlan las aguas y la producción agrícola.

Igualmente, la jerarquía se manifiesta en el acceso privilegiado por parte de las clases dirigentes sobre materias exóticas y valiosas porque son ellos quienes controlan la redistribución y el intercambio, y los patrones funerarios manifiestan una diferencia en las ofrendas y costumbres de enterramiento relacionadas con estos caciques y líderes. Por otro lado, el surgimiento de la especialización en la producción y el nacimiento de un sector de artesanos en las comunidades determinaron la aparición de una cultura material más diversificada y sofisticada como, por ejemplo, una alfarería de estricto uso culinario y otra de carácter religioso o ritual.

◆ *La cultura indígena venezolana estaba constituida por un diverso y rico cúmulo de tradiciones y este sería el contexto sociocultural con el que se topaban los españoles en 1498. En el transcurso de la invasión a nuestro territorio, ante el cual el indígena resistiría con férrea valentía, la violencia de este proceso histórico desarticularía en gran parte las complejas organizaciones autóctonas al introducirse por la fuerza las estructuras de dominación del europeo.*

¿POR QUÉ MUCHOS AMERICANOS SOMOS “ACHINADOS”?

Los orígenes amerindios

Los habitantes originarios del continente americano, denominados amerindios, con frecuencia poseemos rasgos fenotípicos —aquellos físicamente visibles— o genotípicos —los que definen nuestro código genético— similares a los de los habitantes del continente asiático en general o, como lo denomina la antropología física, a la raza mongoloide. El color de piel, color y forma de nuestro cabello y gran parte de nuestros rasgos faciales —incluyendo la dentadura— tienden a asemejarse a algunos de los rasgos que caracterizan a la población asiática; sin embargo, a escala continental, los habitantes originarios amerindios conjugaban dichas características de manera única y diferencial —como población, nunca hemos sido idénticos a los chinos, filipinos o pakistanés— y, por otro lado, el grado de variabilidad racial interna de los distintos grupos americanos hace suponer que la diversidad biológica humana en América es más temprana de lo que creemos, sólo basta con observar las diferencias entre ciertos grupos actuales como los yukpas, yanomamis y pemones en Venezuela para notar la diversidad presente en todo el continente.

El ingreso al continente por el Estrecho de Bering

La potencial causa de esta filiación o tendencia racial —considerando que la raza como concepto más que una división natural es una construcción sociocultural con base en ciertas predisposiciones biológicas clasificadas según las necesidades de una cultura— es que los americanos originarios ingresaron a nuestro territorio por el norte, especialmente el Estrecho de Bering durante la glaciación de Wisconsin hace al menos 25 mil años, mediante posibles múltiples movimientos poblacionales acaecidos en distintos momentos históricos y por diferentes rutas como, por ejemplo, el puente de Bering o el casquete de hielo subpolar que llegaba hasta Baja California al norte de México. Este poblamiento inicial se desarrolló a partir de grupos ya diferenciados biológicamente que se diversificaron al distribuirse y asentarse en distintas zonas del continente.

AUGUSTE MORISOT: UNA VISIÓN DE LOS INDÍGENAS DEL ORINOCO EN EL SIGLO XIX

El pintor Auguste Morisot acompañaría, en los años 1886-87, al conocido explorador y naturalista Jean Chaffanjon en un viaje que pretendía descubrir las fuentes del río Orinoco. En todo caso, Auguste se embarca al trópico con la intención de adquirir experiencia, fama y fortuna. Consumado artista, había sido contratado para realizar ilustraciones de la gente, la flora y la fauna, las cuales servirían para un libro científico. En la expedición llegó a producir, aparte del material de encargo, por lo menos 450 piezas entre dibujos, acuarelas, monotipos y óleos. Junto a las imágenes llevaría un diario de viajes, el cual fue escribiendo con esmero y un especial talento narrativo. En esta suerte de cuadernos de bitácora, ante la sorpresa y el deslumbramiento, va dejándose maravillarse por la naturaleza agreste y por los indígenas que conoce a su paso, a quienes con detalle describirá en su hábitat, destacando en éstos el valor, la inteligencia y sus costumbres cotidianas, entre otras muchas características.

Un cementerio

Al oeste de Atures, entre este pueblo y el Orinoco, Punta del Cerro posee también una excavación bajo la

roca que sirvió de osario a los indios imos, fuerte tribu, hace tiempo aplastada por las tribus vecinas coaligadas que ésta oprimía. Allí, ningún esqueleto expuesto, ni atado, ni plegado en catumares, sólo vasijas, urnas funerarias, unas sobre las otras; entre los pedazos, algunas osamentas regadas provenientes de las urnas. La mayoría de las urnas fueron rotas por las aguas de lluvia que se precipitan en torrentes por las fisuras. Algunas se salvaron de milagro —tienen incluso sus tapas con una curiosa asa en forma de animal—, éstas contienen intactas las osamentas, últimos restos de los imos. Las urnas son de contornos simples y bellas proporciones. Las más grandes están decoradas por una greca pura.

La libertad, el don más preciado

Para el indio la libertad es el don más preciado; si es constreñido se somete en apariencia; pero, triste, taciturno, no piensa más que en los medios y la oportunidad de escapar. Sólo le importa su libertad. Sacrifica todo por su libertad, incluso lo que se le debe, su retribución.

Cerro Pintado

...la masa rocosa del cerro Pintado se erige frente a nosotros. Montaña de un solo bloque de granito que se eleva perpendicularmente a más de cien metros por encima de los árboles circunvecinos. Excepto

algunas hondonadas donde crecen unos arbustos, este flanco es liso, descubierta, y en este amplio plano vertical están grabadas inscripciones colosales, peculiares, bien proporcionadas con el gigantesco afiche que decoran y asombrosas por su audacia y trabajo. Cuando hablan del cerro Pintado, los indios pretenden que sus ancestros llegaron en curiara a la punta de este bloque granítico, cuando las aguas cubrían todas las llanuras ya aún no se había formado el lecho del Orinoco. Las inscripciones de esta montaña de granito se remontarían, entonces, según sus creencias, a varios miles de años.

La boa según los indígenas

Según los indios, cuando una boa captura una presa grande —un venado, por ejemplo—, la asfixia enrollándola con sus poderosos anillos, como una liana alrededor de un tronco. Luego, con unas fortísimas contracciones de sus terribles anillos, verdaderos tornos, le tritura los huesos, le macera el cuerpo, la estira, la alarga, impregnándola de baba. Repite este abrazo hasta que su víctima no es más que un alargado haz palpitante, pegajoso, proporcionado a su tamaño y lista para ser engullida. Entonces, acostada frente al extremo posterior de su presa, se da a la tarea de tragársela poco a poco, como una funda donde se mete un paraguas.

Nada los arredra

Estoy con nueve hombres que se construyen cada uno un ranchito para protegerse de la lluvia. Dos indios me fabrican a mí uno muy cómodo encima de mi chinchorro. Es siempre el mismo techo de anchas hojas de platanilla: techo de forma redondeada sostenido por cuatro estacas. Son muy prácticos y se hacen en unos pocos momentos. Además, estos indios son muy hábiles, conocen tan bien la selva, que nada los arredra.

Un capitán maquiritare y su bella nieta

Otra vez una parada en la choza de un capitán maquiritare. Un indio muy amable, que habla bastante bien el español, nos da valiosas informaciones. Cada vez que mueve la cabeza, unos largos pendientes hechos de plata martillada y cortada en triángulos se balancean con un ligero tintineo. Su nieta, casi una muchacha ya, acaba de vestirse con una túnica roja, corta, de un efecto muy artístico. (Cuando llegamos, las mujeres y las niñas estaban desnudas con un simple taparrabo decorado de perlas). Este ligero drapeado, digno de una estatua griega, sujeto en el hombro izquierdo después de pasar bajo el brazo, dejaba al descubierto dos bonitos brazos y el fino cuello destacado por collares de perlas azules. Unas pulseras de perlas del mismo color indican debajo de las rodillas el lugar de las ligas,

y otras cadenas o más bien cintas de perlas blancas de diez centímetros de ancho adornan los tobillos.

Todos conducen

Aquí, las indias, sobre todo las banivas, reman y empuñan el timón como los hombres. Aún más, en varias chozasen donde no hay sino un indio y su mujer, se turnan para remar. Desde la infancia, tanto las muchachas como los muchachos tienen buen pie en una curiarita en cuanto a mí me cuesta mucho mantener el equilibrio.

Un teatro indígena

Un viaje contado por un indio o un mestizo es tan interesante de ver como de escuchar: su mímica, los gestos que subrayan la acción, son de lo más expresivos. No hay necesidad de escuchar lo que dicen para entenderlo: con sólo mirar la mano o las manos del que cuenta, uno sabe cuándo está escalando una montaña rocosa, si está entrando en la selva, atravesando una sabana o un río. Con la mirada, uno hace el viaje junto con él.

Los movimientos artísticos

Unas trabajadoras indias traídas para la ocasión recolectan los pescados en unas grandes guapas (bandejas); la cosecha fue muy abundante. Una de ellas, a pleno sol, lucía resplandeciente: surgiendo del agua,

se destacaba luminosa contra el fondo sombrío del bosque, su traje blanco drapeaba artísticamente y, a pesar de los muchos volantes de la falda, marcaba todos sus movimientos y dibujaba admirablemente las formas de su cuerpo flexible.

Atardecer a orillas del río Atabapo

Es en ese momento cuando la vista resulta más impresionante. Contra un cielo en llamas que se fusiona con un río de oro, se destaca sobre la cresta azul oscuro de la roca la pintoresca silueta del campamento con sus mantas y tiras de tela de colores vivos sostenidas por largas pértigas y elegantes palmas entrecruzadas. Con sus largos camiones, vestidos de múltiples colores, algunas indias cuecen el sancocho, merodean por el campamento o se ponen de cuclillas con poses muy artísticas. Un humo blanco transparente se alza hacia el oro del cielo.

Los gigantes de Atures

Si los primeros egipcios nos petrifican de admiración frente a sus trabajos de gigante, los indios Atures tienen también aquí un monumento imperecedero que muestra a nuestros ojos asombrados cómo un pueblo primitivo, deseoso de transmitir sus ideas, sus creencias y sin más guía que la naturaleza, se ha inmortalizado reproduciendo ingenuamente por un trabajo

gigantesco, lo que tenía constantemente frente a sus ojos y que impresionaba más su imaginación.

■ AUGUSTE MORISOT (SEURRE, FRANCIA, 1857-BRUSELAS, BÉLGICA, 1951)

Este artista de origen humilde tendría una difícil infancia, y muy joven se trasladará a París, donde estaba residenciado su hermano Louis. Allí trabajará en el negocio de la seda y se influenciará, debido a los círculos que frecuenta su hermano, por las ideas anarquistas que lo harán un librepensador. Visitará Inglaterra y aprenderá el idioma de ese país. En 1880, volverá a la ciudad de Lyon y entrará a la Escuela de Bellas Artes. Pronto comenzará a acudir a los ambientes artísticos, en los cuales conoce a la hija de un importante empresario apellidado Page. Morisot se decidirá a viajar al trópico, entre otras cosas, buscando la fortuna necesaria para contraer matrimonio con Pauline Page. Sin embargo, la suerte le será adversa, y Jean Chaffanjon, quien lo había incluido en la expedición al Orinoco, prácticamente desconocerá su participación en la aventura. A su regreso a Francia, Auguste se dedicará, luego de casarse con Pauline, a la docencia y la pintura hasta su muerte a los 95 años. Su diario de viajes sólo verá la imprenta de manera fragmentaria desde 1939.

Tomado de Álvaro García Castro, "Estudio preliminar", en diario de Auguste Morisot.

■ MALTRATADOS, MAL PAGADOS Y MAL ALIMENTADOS

Antes que nuestros marineros regresen a sus tribus, hago el retrato a la sanguina del timonel, Nicacio Tumakí, cara de inteligente indio baniva, tribu del Alto Atabato. Menos envilecida que las otras, es una raza fuerte, dulce, inteligente y brava. Entrenados desde niños a vivir del río, son excelentes marineros, deseosos de mezclarse con la civilización, pero desgraciadamente explotados por los mercaderes que los emplean, están descontentos y Tumakí me confiesa que, a pesar de lo que le gusta la vida en el río, él y los suyos se retiran a vivir a su tribu para dedicarse a la confección de chinchorros, y evitar ser maltratados, mal pagados y mal alimentados.

● LAS INSCRIPCIONES DE LA ISLA BOCA DEL INFIERNO

Nos embarcamos en la pequeña curiara y llevamos tres de los hombres de la tripulación. La travesía hasta la isla es peligrosa: rápidos en el río, rocas y

muchos remolinos. La isla está rodeada de bosques y en el interior hay llanuras de juncos por todos lados, chaparros y rocas redondas muy parecidas a las de las llanuras de La Mariquita y Santa Rita. En varias de estas rocas lisas y redondeadas hay algunas inscripciones indias. Hago un calco de los dibujos; es probable que un pueblo indio haya vivido en el lugar, ya que es el punto culminante de la isla.

¿QUÉ SIGNIFICAN LOS PETROGLIFOS?

Las manifestaciones rupestres en general, aquellas realizadas con o sobre rocas, han estado presentes desde los propios orígenes de la cultura humana. Los petroglifos, en particular, son grabados realizados sobre roca, ocasionalmente pintados en sus surcos por sus propios creadores y pueden ser desde micropetroglifos en una pequeña piedra hasta inmensos paneles de cientos de metros. Dentro de esta categoría de cultura material, también se incluyen los geoglifos: grabados realizados sobre la tierra mediante surcos, ocasionalmente rellenos de piedras. Amoladores: piedras con depresiones ovaladas posiblemente usadas para afilar instrumentos líticos. Bateas: piedras rectangulares mund o indígena o semiesféricas indeterminadas. Puntos acoplados: oquedades semicirculares en rocas realizadas con puntas de conchas. Pinturas rupestres: motivos pintados sobre rocas, generalmente en cuevas y abrigos rocosos, con pigmentos minerales o vegetales. Menhires: piedras colocadas verticalmente, en filas, círculos u otras formaciones. Dólmenes: piedras colocadas horizontalmente sobre otras verticales en distintas composiciones. Piedras o cerros míticos naturales: formaciones naturales no intervenidas identificadas con el simbolismo social local por sus

peculiares características o ubicación, además de toda una inmensa cantidad de construcciones de piedra más complejas que formarían parte de la arquitectura del pasado.

Las representaciones particulares

Cada cultura posee su propio sistema de signos, símbolos y representaciones particulares, por lo que las posibilidades de que existan algunos que signifiquen lo mismo en distintas épocas, lugares y pueblos son casi nulas, ya que cada grupo atribuye sentido a sus productos e imágenes según su singular historia. Así, aunque algunos autores han intentado encontrar significados universales en algunos símbolos, descifrar los motivos de las manifestaciones rupestres como si fueran un lenguaje articulado sería erróneo ya que no representan, como los idiomas, sistemas de comunicación convencionales interpretables y traducibles entre sí, sino dibujos y presentaciones gráficas similares a nuestras pinturas o fotografías. Al fin, los múltiples significados que un mismo diseño representa para distintas personas o colectivos limita aún más la posibilidad de interpretarlo. Aunque suponemos que estas imágenes representaron complejos y variados significados para las culturas prehispánicas que las produjeron, los arqueólogos debemos hasta el momento conformarnos con observar sus enigmáticos sentidos

desde el presente. Cualquier intento de descifrar a la ligera los petroglifos según nuestros parámetros, sería lo mismo que suponer que un frasco sólo sirva para contener medicinas, y nos llevaría a un irrespetuoso error intercultural.

¿CÓMO SABEMOS QUÉ ES MÁS ANTIGUO?

Para un arqueólogo es necesario ubicar en el tiempo los contenidos socioculturales. Sin embargo, en la mayoría de los casos los especialistas no cuentan con registros escritos u orales para determinar la antigüedad de los objetos. Para superar la distancia temporal es necesario recurrir a técnicas que analicen las propiedades físico-químicas de los artefactos, para que nos ilustren el momento de su elaboración, con la salvedad de la materia prima ya que, por ejemplo, al datar el surco de un petroglifo solo obtendríamos la fecha de formación geológica de la roca y no la de realización del grabado.

Métodos de datación

Los denominados métodos de datación nos permiten determinar con distintos grados de exactitud la fecha en que fue elaborado o utilizado un objeto en una sociedad. Los mismos se dividen en relativos y absolutos. Los primeros se refieren a la antigüedad y otras variables pero no ofrecen fechas. Mientras que los segundos ofrecen fechas cronológicas exactas dentro de ciertos márgenes de error en cada material, contexto o técnica.

La estratigrafía

Entre los métodos de datación relativa más comúnmente utilizados en Venezuela está el estratigráfico, en el cual se relacionan los artefactos arqueológicos por medio de los estratos de la superficie de los suelos o las capas superpuestas, tomando en cuenta las alteraciones naturales o culturales del entorno. Por ejemplo, si sabemos que cierta capa de arcilla que se encuentra entre dos capas de tierras arenosas corresponde a un momento histórico específico, entonces, todo artefacto que contenga debe pertenecer a ese período. Igualmente, siguiendo la ley clásica de la estratigrafía, todo lo que se ubica en un estrato superior más cercano a la superficie es más reciente que aquello que se encuentra en estratos inferiores más profundos.

Radiocarbono: otro método

Por su parte, el método de datación absoluta más comúnmente utilizado en América desde su invención por Willard Libby, en la década de los cuarenta del siglo XX, es el del radiocarbono o C14, el cual parte del principio de que toda materia orgánica —en especial restos de madera o huesos que poseen un tipo de carbono, o en términos químicos un isótopo radiactivo— no se descompone inmediatamente después de la muerte del animal o planta sino que disminuye

progresivamente con un ritmo regular, lo que puede ser medido mediante técnicas de análisis físicoquímicos. La cantidad de C14 remanente en el resto orgánico indica el tiempo de su defunción, el cual, si se encuentra en un contexto de artefactos relacionados, daría la fecha de ocupación cultural con un margen de error variable. Otra técnica usada en Suramérica es la glotocronología, que consiste en el fechamiento de asentamientos según el ritmo de variación de las lenguas derivadas desde una lengua madre en un centro originario de formación.

■ WILLAR LIBBY (1908-1980)

Químico norteamericano, que le dio un decisivo avance a la arqueología con el descubrimiento de la datación radiocarbónica (C14) en 1949. Libby ofrece a los arqueólogos un medio para determinar, de forma directa, la edad de los yacimientos y hallazgos del mundo, sin necesidad de recurrir a las cronologías comparadas de culturas con áreas ya datadas por métodos históricos.

UN MITO TAMANACO. LA CREACIÓN DEL MUNDO POR AMALIVACA

Y ahora comienza la interpretación de tan hermoso mito: la familia de los Tamanacos, tribu esta con asiento —cuando se iniciara la conquista— en ambos márgenes del Orinoco, poseía una tradición o “mito” en extremo curioso. Se trataba de una tradición concerniente en su totalidad al diluvio. Para ellos, para la “casa” Tamanaco, el padre o fundador de su raza había sido Amalivaca, o lo que era lo mismo, dado el concepto simple y concreto del aborigen, el equivalente al Creador de toda la humanidad, quien, en un día inesperado, apareció dentro de las tumultuosas corrientes del río sobre una inmensa piragua que volaba con inaudita rapidez.

Posteriormente, las corrientes del río comenzaron a alcanzar fabulosas proporciones, para terminar por inundar todas las selvas y praderas y ascender luego hasta los azulosos picachos de las más lejanas montañas. Mientras tanto, el océano copaba la amplitud de las costas y playas para lanzarse también al interior de la tierra y destruirlo absolutamente todo al no dejar ningún vestigio de vegetación ni vida animal. Tal momento histórico quedó denominado por Amalivaca como “edad de las aguas y momentos de exterminio”, y del cual, por su poder sobrenatural y omnímodo,

se logró salvar solamente él y un hombre y una mujer de familia Tamanaco que lograron alcanzar —por voluntad del mito— la más alta cima de la puntiaguda montaña de Tamanacú, muy próxima al nacimiento del río Asivrú, conocido posteriormente en la conquista con el nombre “Cuchivero”.

Pues bien, desde allí, el hombre y la mujer aborígen comenzaron a lanzar de espaldas todos los frutos de las palmas y moriches, y de estas semillas nacieron, por voluntad del mismo Amalivaca, los hombres y mujeres que poblarán todas las tierras del Universo.

Después, Amalivaca, todavía marinero en su fugaz piragua, se detuvo un momento ante una inmensa piedra para grabar allí, con mano maestra, una cabal transcripción del sol y la luna, y desde entonces, estos cuerpos siderales tallados en la roca polícroma y granítica de la Encaramada, y conocida por “tepumereme” logró mantener vivo y latente el poder de los astros.

También agrega la tradición tamanaca cómo Amalivaca tuvo un hermano o descendiente, con el nombre de Vochu, el cual acompañó al primero en la superficie del globo terráqueo, hasta obtener su completa perfección, y asimismo establece la hermosa leyenda de que esos hermanos —deidades aborígenes—, en

un anhelo de superación, aspiraron ansiosamente a otorgarle al río Orinoco una peculiaridad trascendental: la de que ese río pudiera tener doble corriente y, en consecuencia, fuera fácil el remontarlo o descender, sin usar para nada el remo ni la fuerza del hombre.

● HUMBOLDT Y EL TESTIMONIO CREACIONISTA

“Amalivaca, el padre de los Tamanacos, es decir el creador del género humano (cada pueblo se considera como la fuente de los demás pueblos), llegó en un barco, al momento de la gran inundación que llaman la edad del agua, cuando las oleadas del océano se estrellaban en el interior de las tierras. Todos los hombres, o, por decir mejor, todos los Tamanacos, se ahogaron, con la excepción de un hombre y de una mujer quienes se salvaron sobre las montañas cerca de las orillas del Asiveru, que los españoles llaman Cuchivero (...) Se indica igualmente, cerca de esta caverna, en las llanuras de Maita, una gran piedra: era, dicen los indígenas, un instrumento de música, la caja del tambor de Amalivaca (...) Estas nociones de un gran cataclismo, esta pareja salvada sobre la cumbre de una montaña, y arrojando a su espalda los frutos de la palma Mauritia para poblar de nuevo al mundo; esta divinidad nacional, Amalivaca, quien llega por el agua desde una tierra lejana, que prescribe unas leyes a la naturaleza y obliga a los pueblos a renunciar a sus emigraciones; estos distintos aspectos de un sistema de creencia muy antiguo, son muy dignos de atraer nuestra atención.”

Alejandro de Humboldt. Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente.
Buenos Aires, Imprenta López, 1956, t. 3.

LA HISTORIA DEL CURIOSO MAKUSANI

La historia de Makusani rescata los animales que tienen un papel importante en la mitología dekuana/yek'wana. No se trata de animales que ahora conocemos. Son esa especie mágico-mítica de los tiempos ancestrales que tienen relación con las cosmogonías aborígenes, las cuales estaban integradas por seres sabios y poderosos. La narración ha sido complementada por Lewis Cardozo y Zuleima Jiménez (Yajodeniwa en dekuana/yek'wana).

Antes de dormir por la noche o en la mañanita para despertar, el abuelo, la abuela, cuentan siempre la historia de un muchacho llamado Makusani o Makusa. Cuando él fue a casa de la luna y a la casa del sol. Nunä, la luna, es un hombre malo, come gente. Shi, el sol, es un hombre bueno.

Makusani salió a cazar de su casa a la montaña. Fue a un caño. Al llegar vio una curiara. En esta había una muchacha bonita y quiso agarrarla pero se escapó. Corrió detrás y ella se transformó en rana. Saltó. Makusani iba detrás y se cansó.

De pronto, se daba cuenta de que estaba lejos de su casa. No sabía dónde se encontraba. Entonces se sentó. Pensó: ¿cómo voy a volver a casa?

En ese momento llegó otra muchacha. Se llamaba Jonö, gallineta de agua.

—Llegué—dijo—. ¿Qué haces lejos de las casas?

—Estoy perdido —dijo Makusani. Corrí tras una rana pero se escapó. Ahora no sé cómo volver a casa.

—Vamos a casa de mi padre—dijo la muchacha.

Luego se fueron caminando. La casa del padre de la muchacha quedaba lejos. Ella le dijo que descansaran. Pero después dijo: voy a dormir, no me toques.

Se durmió. Pero Makusani no podía dormir, sentía curiosidad. La tocó. Ella despertó. De inmediato se transformó en gallineta y salió volando. Se quedó solo otra vez. Así fue castigado.

Makusani pensó otra vez: ¿cómo voy a encontrar el camino?

En eso venía un hombre en una curiara. Era Ñañudi, el perro de agua.

—Estoy perdido, quiero volver a casa—dijo Makusani.

—Súbete —dijo Ñañudi. Voy río abajo, conozco los caminos que quedan por la orilla del río. Makusani subió.

—Tápate los ojos, no vayas a mirar mis caminos —dijo Ñañudi.

Makusani se tapó los ojos. Ñañudi remaba rápido río abajo.

A Makusani otra vez le dio curiosidad. Quiso conocer el secreto de Ñañudi. Apartó los dedos, poco a poco, pensando: voy a mirar, Ñañudi no me está viendo.

Miró y en seguida Ñañudi se convirtió en perro de agua y saltó al agua. Desapareció. Se quedó solo de nuevo en la curiara.

Era de noche. Makusani se subió a un árbol para dormir. En ese momento llegó un pescador con un faji y un catumare lleno de pescado. Era Nunä, el hombre luna.

Nunä vio en el agua el reflejo de Makusani encaramado. Pensó: hay un muchacho que vive en el agua, lo voy a pescar.

Metió su faji para agarrar al muchacho. Pero no pudo. Makusani lo estaba viendo desde arriba y se reía sin hacer ruido. Escupió en el agua. Nunä vio que estaba arriba y no en el agua.

Dijo: no vives en el agua, vives en el árbol como pájaro. Lo agarró y lo metió en su catumare. Lo llevó a Nunänña, donde vive la luna.

Cuando llegaron, la hija de Nunä dijo: padre me trajiste marido.

—No es tu marido —dijo Nunä, lo traje como comida, mañana lo voy a asar.

Al amanecer, Nunä le dijo a Makusani: voy a asar los pescados, vete a cortar leña.

Makusani fue con la hija de Nunä a cortar leña. Cortaron mucha y la muchacha lo cargó hasta la casa.

—Espoco—dijo Nunä—, vete a cortar más, quiero más leña. Makusani se fue otra vez, pero con la hija menor de Nunä. Él cortaba y la muchacha recogía.

Entonces Makusani preguntó: ¿por qué tanta leña?, es mucho para los pescados.

—No es para los pescados, es para ti —dijo la muchacha.

Makusani pensó: me voy a escapar. Agarró un puñado de arena y se lo lanzó por los pies a la muchacha gritando: cuidado, ¡tropecé con un avispero! ¡Se alborotaron las avispas!

La muchacha se asustó y corrió rápido sin mirar atrás. Makusani corrió por otro camino. Cuando lo hacía vio una luz. Allá está otra casa, pensó. Siguió hacia la luz.

Era la luz de Shi, la casa del sol.

El sol le preguntó: ¿quién eres?, ¿de dónde vienes?

—Vengo de Nunänña, Nunä quiere comerme —dijo Makusani.

—Escóndete rápido —dijo Shi—. Ya viene Nunä a buscarte.

Makusani se escondió. Nunä llegó bravísimo.

—¿No has visto a un muchacho? Lo ando buscando, se escapó de la casa.

—No he visto a nadie —dijo Shi—. Sal de aquí, solo buscas gente para comer.

Nunä no hizo caso y empezó a buscar por todas partes. Shi no dijo nada, pero empezó a calentar más y más, hasta que Nunä se fue.

—Puedes salir —dijo Shi— Nunä no volverá.

Al amanecer, Shi le dio a Makusani una cerbatana.

—Vete a cazar pájaros pero no vayas a mirar por el hueco de la cerbatana —dijo Shi.

Makusani salió a cazar y se llevó a la hija de Shi.

Después de un rato pensó: ¿por qué me dijo que no mirara por el hueco de la cerbatana?

Entonces le preguntó a la muchacha:

—¿Qué ve uno cuando mira por el hueco de la cerbatana?

—Ve la tierra —dijo la hija de Shi—. Ve la gente, los pueblos allá abajo.

—Quiero mirar —dijo Makusani—. Encontrar el camino a casa.

Entonces dijo: ¿qué pasa si miro?

La muchacha dijo: no va a pasar nada. Mi padre no está viendo, podemos mirar. Vieron la tierra, las casas, los caminos. Buscaban un camino, una casa.

—Ahí está —dijo la muchacha—, ¡la ves?

— ¡Sí, hay una mujer rayando yuca en la puerta! Es mi madre. Quiero volver —dijo Makusani.

Cayeron los dos. Cayendo, cayendo por el espacio a la tierra, a la casa de la madre del muchacho. Cuando llegaron, la muchacha se transformó en culebra tragavenado.

¿Qué dirá mi madre si descubre esta culebra?, pensó Makusani.

Entonces, la escondió en una cesta, dentro de la casa. Y se fue a buscar a su madre. Ella lo miró. No lo reconocía. Estaba cambiado. Allí, para probarlo, le lanzó unas piedritas, riéndose, como hacen las mujeres al coquetear.

Makusani le dijo: ¿qué haces? ¿Acaso no eres mi madre? ¿Acaso no soy tu hijo?

Ahora sí la madre lo reconoció. Se alegró mucho al verlo de regreso a casa.

Cuando amaneció, Makusani se fue de cacería.

—Me voy —dijo—, pero volveré. No vayas a mirar bajo esa cesta.

—Está bien —dijo la madre.

Makusani salió. La madre de una vez corrió a ver qué había dentro de la cesta. Levantó la tapa y para su sorpresa salió una culebra.

— ¿Quién eres? ¿Qué haces escondida en mi casa? —
dijo la madre.

— Soy la hija de Shi — dijo la muchacha—. Soy la novia
de tu hijo.

— Eres una embustera, eres solo una culebra — le dijo
la madre y la sacó de la casa.

La culebra se fue al monte, buscando a Makusani. Lo
encontró. Le dijo: tu madre me echó de la casa, me
pegó, no puedo vivir allá.

— Makusani, nos vamos los dos — le dijo—. Volvamos a
casa de tu padre.

Volvieron a Shinña, la casa del sol. Se quedaron y allí
están todavía.

Así cuentan los viejos, los abuelos.

■ **MARC DE CIVRIEUX. NIZA, FRANCIA (1919-2003)**

Llega a Venezuela en 1939. Geólogo de profesión y de una gran sensibilidad antropológica. Explorador e investigador en el estado Amazonas, Ciudad Bolívar, los Llanos y los Andes. Su obra *Watunnä*, un ciclo de creación en el Orinoco, lo convierte en uno de los mitólogos americano-orinoquense más importantes del siglo XX.

■ DHAWASEJÖ ÜMÜ (MANUEL VELÁZQUEZ)

Nació en Yujudunña, territorio ancestral dekuana/yek'wana, en la segunda década del siglo XX. En 1951, fue contactado por el equipo franco-venezolano que organizó la expedición a las fuentes del río Orinoco para ser uno de los guías. Durante esta entabló amistad con Marc de Civrieux en quien encontró además un oyente apasionado de los cantos y relatos que aprendió de un tío materno. A partir de allí, se consolida en Ümü el oficio de ödemi (canto, dueño del mito y la palabra) e investigador de la tradición oral dekuana/yek'wana. Como autor oral, le pertenece la recreación de los mitos recopilados en la obra Watunnä, un ciclo de creación en el Orinoco. Hoy, a sus 89 años, Ümü sigue siendo un incansable viajero del Alto Orinoco, religioso, testigo de la vida y defensor de la historia de su pueblo.

◆ KAWANADUNANO

Es el nombre ancestral de La Esmeralda, municipio Alto Orinoco, territorio ye'kwana/ dekuana. Actualmente es habitado por yekuanas, arawakos, salesianos y fuerzas militares.

¿LOS CARIBE ERAN CANÍBALES?

Cada cultura posee su propia lógica cultural que, aunque única y relativa a sus condiciones y procesos históricoculturales particulares, puede ser traducida de manera más o menos congruente a otro contexto cultural por medio del reconocimiento de las semejanzas y diferencias entre actividades y discursos culturales equivalentes, lo que los antropólogos llamamos analogía etnográfica. De hecho, es el único procedimiento que nos permite interpretar las sociedades del pasado ya que no contamos en el presente con informantes directos.

Sin embargo, con frecuencia, la prepotencia cultural de los países colonizadores les impide —y tampoco les conviene— entender a las otras culturas bajo sus propios parámetros. Un ejemplo clásico de esta actitud xenofóbica, que usualmente apoyó acciones etnocidas y/o genocidas, es la recurrente acusación de que los caribe eran caníbales. En primer lugar, el imaginario medieval europeo ya contemplaba, debido a su ignorancia y rechazo intercultural, la figura de devoradores de hombres que podían atentar contra ellos, lo que hizo fácil que fuesen supuestamente hallados en territorios ultramarinos, así como otros monstruos y seres imaginarios propios de su tradición oral.

Igualmente, el primer contacto de los europeos con americanos fue en las Grandes Antillas con grupos taínos, del tronco lingüístico arawako, quienes se hallaban para el momento en constante fricción y enfrentamiento bélico con los caribe que empezaban a colonizar las Antillas; por lo tanto, según su conveniencia, los taínos les narraron las más atroces historias sobre los caribe, entre ellas que se comían gente, para lograr alianzas e impedir que entraran en contacto con ellos. Sin embargo, sería también erróneo ignorar que en algunas culturas de América, para el momento de la conquista se practicaban ciertos tipos de antropofagia —es decir, ingesta de órganos o partes del cuerpo humano por otros hombres—, usualmente con intenciones rituales.

Por ejemplo, algunos grupos caribe, luego de la muerte de sus antepasados, cremaban sus cuerpos hasta el punto de incineración, para luego mezclar sus cenizas con pastas de alimentos y consumirlos en un ritual que simbolizaba la continuidad de su alma dentro de la comunidad. Otros, luego de enfrentamientos bélicos y cacerías de prisioneros, consumían partes u órganos específicos de los líderes de los enemigos, como una forma de representar la victoria y a la vez incorporar y apropiarse de sus capacidades y de su alma.

● LA VISIÓN DEL INVASOR

Con la llegada de los conquistadores a América, en el siglo XV, resurgieron imágenes fantásticas en la mente de los europeos, producto de la visión de las sociedades de la época, donde los pueblos, llamados por ellos “no civilizados”, estarían plagados de salvajes, bárbaros, poseídos por demonios, canibales, portentos, ostentos, prodigios y monstruosos. Todas estas visiones formaban parte del imaginario medieval, el cual estaba influenciado por las tradiciones orales y representaciones visuales, plasmadas mayormente en la literatura, la cartografía, los monumentos religiosos y la pintura de ese período. Un ejemplo de esta visión eurocéntrica la encontramos en el cronista Francisco López de Gómara: “. . .son los de Santa Marta caribes, comen carne humana, fresca y acecinada, hincan cabezas de los que matan y sacrifican, a las puertas, como recuerdo, y llevan los dientes al cuello (como los sacramentos) por bravata, y ciertamente son bravos, belicosos y crueles; ponen por hierro en las flechas huesos de haya, que de por sí es enconado, y lo untan con zumo de manzanas ponzoñosas y con otra hierba, hecha de muchas cosas, que hiriendo mata”.

Francisco López de Gómara. Historia general de las Indias (1554).

● MICHEL DE MONTAIGNE Y LA DEFENSA DEL INDÍGENA

“Volviendo a mi tema, hallo que nada hay de bárbaro en la nación visitada por el hombre que dije, salvo que llamamos barbarie a lo que no entra en nuestros usos. En verdad no tenemos otra medida de la verdad y la razón sino las opiniones y costumbres del país en que vivimos y donde siempre creemos que existe la religión perfecta, la política perfecta y el perfecto y cumplido manejo de todas las cosas (. . .) A mí me enoja tanto el que no veamos el bárbaro horror de semejantes suplicios, como que, juzgando tan bien las ajenas faltas, seamos tan ciegos a las nuestras. Hallo más barbarie en comer a un hombre vivo que en comerlo muerto (. . .) Podemos, pues, llamar bárbaros a aquellos pueblos respecto a la razón, pero no respecto a nosotros, que los superamos en toda suerte de barbarie.”

Michel de Montaigne. Ensayos completos. Barcelona, Ediciones Orbis, 1984.

LA ACTIVIDAD FÍSICA INDÍGENA VENEZOLANA VISIÓN DE LOS CRONISTAS ESPAÑOLES

Bartolomé de las Casas reconoce destrezas de hombres y mujeres indígenas

Fray Bartolomé de las Casas, en su libro “Historia de las Indias” (1552), destaca la habilidad que tenían hombres y mujeres para realizar actividades físicas variadas.

“...ligerísimos, hombres y mujeres, grandes nadadores, y más las mujeres que los hombres, más que puede ser encarrecido, porque nadan dos leguas sin descansar (...) corren, saltan, nadan y tiran del arco, las mujeres tan bien como los hombres, que son todos diestros y sueltos.”

Joseph Gumilla admiró el juego de pelota de otomacos y otomacas

El misionero español Joseph Gumilla exploró Guayana en el siglo XVIII, y recopiló en “El Orinoco ilustrado” (1745) la vida cotidiana de los otomacos y sus rudos juegos de pelota, en los que también participaban las mujeres.

“Los otomacos conformaban el partido con doce en cada bando. Ponían en depósito una apuesta que debían perder o ganar. Concluido aquel juego, se vuelve a poner

otra apuesta. No jugaban solo por jugar, sino por el interés (...) Había jueces viejos, señalados para declarar si había falta, si se ganó o perdió raya, y para resolver las dudas y porfías ocurrentes. (...)

Fuera de los que juegan en los dos partidos, la demás gente, dividida en bandos, apuestan unos a favor de uno, otros a favor del otro partido; tienen su saque de pelota y su rechace con tanta formalidad y destreza que ni los más diestros navarros les harán ventaja. Lo singular es así la pelota como el modo de jugarla; la pelota es grande, como una bola de jugar el mayo, formada de una resina llamada caucho que a leve impulso rebota tan alto como la estatura de un hombre; el saque y rechazo ha de ser tan solo el hombro derecho, y si toca la pelota en cualquier otra parte del cuerpo, pierde una raya. Causa maravilla ver ir y venir, rechazar y revolver la admiración, al venir una pelota arrastrando, ver arrojarse aquel indio contra ella con todo el cuerpo, al modo con que suelen arrojarse al agua para nadar, del mismo modo dan con todo el cuerpo contra el suelo, y con el hombro levantan por esos aires otra vez la pelota; y de ese repetido ejercicio crían callos durísimos en el hombro derecho, y justamente una singular destreza en el juego. Jamás pensé que entre tales gentes cupiera tal divertimento con tanta regularidad. (...)

Durante el juego hasta mediodía, se ocupan las mujeres en hacer olla de barro muy fino, para sí, y para vender a las naciones vecinas (...) pero en llegando la hora del mediodía, levantan mano de la obra, coge cada otomaca su pala, y se va a jugar a la pelota (...) con ambas manos juntas, rechazan la pelota con tal violencia, que no hay indio que se atreva a meter el hombro a repararla; por lo cual, desde que entran las mujeres con sus palas, hay facultad para que las pelotas rebatidas con pala se rechacen con toda la espalda; y raro día hay que salga algún indio deslomado de los pelotazos furiosos de las otomacas, que celebran con risadas estas averías. (...)

Desde niños se ejercitan en jugar al arco y las flechas, la lanza y la macana. Los juegos infantiles se reducen a lo mismo que hacen sus padres. Los chicos de un mismo pueblo forman batallones, eligen cabos, disponen sus filas y traban pueriles batallas que enorgullecen a los padres. Como el ejercicio es único y de toda la vida, es increíble la destreza a la que llegan algunos."

Felipe Salvatore Gilij dice que los orinoquenses jugaban a derribar a un oponente inmóvil

El padre Felipe Salvatore Gilij, jesuita que vivió con los tamanacos, maipures, piaroas y parenques en las misiones del Orinoco, describe en su libro "Saggio di

Storia America" (1780) las singulares actividades lúdicas de los indígenas.

"No es demasiado usada, pero no es sin embargo desconocida de los orinoquenses la lucha. Solo que el modo de luchar es muy diverso del nuestro. No vienen a las manos, por decirlo así, con armas iguales, ni alternativamente uno de los luchadores se coge a los brazos del otro para derribarlo a tierra. En su lucha uno está siempre inmóvil con las manos en alto, o bien a los costados, o delante del pecho, como les parece mejor. El otro le pone las manos encima para derribarlo, y muévase continuamente. A uno le corresponde tenerse sobre las piernas y mantenerse bien fuerte y sin tambalearse. Al otro, cogerle impetuosamente del cuerpo y derribarlo a tierra. Pero después de algún tiempo, aquel al que ha tocado mantenerse luchando a pie firme, cambia de repente el turno y se convierte en, digámoslo así, en el agresor. Aquel por el contrario que estaba inmóvil antes comienza a jugar los brazos. Este juego, que a primera vista puede parecer de poca diversión, por la desigualdad en la lucha, al cambiar la escena y pasar uno de los jugadores a ser el blanco del otro, se hace agradabilísimo a quien lo mira. Pero [en] estos juegos, que son por lo demás rarísimos, y acaso no universales en todo el Orinoco, no se habla nunca de ninguna ganancia, y parece instituido para mera diversión de los jóvenes."

Nicolás de la Rosa: los guajiros mantienen la pelota en el aire con flechas sin punta hasta tres horas

Nicolás de la Rosa, alférez de Infantería Veterana y alcalde ordinario de Santa Marta, en su texto "Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad de Santa Marta" (1756), narra un sorprendente juego guajiro.

"Forman, pues, su pelota de la bolsa de un venado, llena de algodón, y bien prensada; arrójala uno al aire, y la esperan en acecho, con muchas cabriolas, y mudanzas, diez, doce, veinte o más Goajiros, con su arco cada uno, y el Tungal, bien prevenido de flechas que ellos llaman zipotes, por tener llano el extremo, en forma de un trompo sin cabeza. Dispara uno su zipote antes de caer, y vuelve a elevar la pelota a proporción de la fuerza, y sale haciendo su displante para poner otra flecha al arco. Ojea otro la pelota, y ya que descende, le dispara, haciéndole retroceder a lo alto, y con su jocosa mudanza, pasa, aplicándole al arco otra flecha de su tungal, y así sucesivamente hacen los demás, formando al mismo tiempo una divertida danza, y manteniendo con sus tiros en el aire la pelota, dos y tres horas, cuyo ejercicio, al paso, que los entretiene, los habilita para sus combates: mas, el que no está diestro, no entra al circo, hasta que ensayado a sus solas o con otros principiantes, se hace capaz de concurrir a aquella pública alta."

Ángel Turrado Moreno comenta las luchas con revancha de los guaraúnos

Fray Ángel Turrado Moreno, en la “Etnografía de los indios guaraúnos”, explica un peculiar juego de lucha, del cual no se ha encontrado otra referencia: najisaji kotubu.

“La lucha guaraúna es típica y original, no cuerpo a cuerpo ni brazo a brazo; sino a mano, a pulso, sin empujones, cuidadosamente, para echar en tierra al contrincante. Para este juego usa cada luchador un aparato de fuerza, y resistencia, que no le encuentro equivalente en el vocabulario castellano (...) Para efectuar la lucha, se ponen de frente los dos luchadores, mirándose el uno al otro (...) y hacen fuerza cada uno en un sentido contrario, a pulso, siempre a pulso, y cuidadosamente, hasta que cae al suelo alguno de los luchadores. A veces se dan fuertes empujones (...) La lucha pueden repetirla cuantas veces quieran, pudiendo resarcirse los vencidos de las batallas perdidas en luchas anteriores. A veces luchan varias parejas, semejando una batalla campal.”

Juan Rivero: arqueros desde niños

El padre Juan Rivero, misionero español que viajó a los llanos de Casanare (1720), en su “Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Apure y Meta”, destaca que los indígenas de Achaguas adiestraban a los niños de tierna edad en el uso del arco y

flecha, empleados como juguetes para atrapar lagartijas, pájaros y otras sabandijas pequeñas.

◆ ¿CUÁL ERA EL PAPEL DE LOS “CRONISTAS DE INDIAS”?

Luego de consumada la invasión europea a nuestro continente a partir de 1492, hizo falta dejar constancia de la “novedad” del mundo americano. La figura del cronista nace en primera instancia como la figura de relator oficial ante la Corona, capaz de patentizar el universo cultural y natural que se encontraba a su paso. Aunque muchos de ellos no cruzaron ni siquiera el Atlántico, su labor se fundamentaba a través de su vivencia directa, brindando un informe de lo que veía y lo que escuchaba. Este recopilaba, describía, anotaba; pero también se diferenciaba, juzgaba, interpretaba. Su voz era, indiscutiblemente, la voz del vencedor, por tanto, de corte eurocéntrica. El cargo de cronista de Indias se inicia con la documentación reunida por Pedro Mártir de Anglería, que pasa en 1526 a fray Antonio de Guevara. Podríamos nombrar a otros ineludibles: Cristóbal Colón, Bartolomé de Las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Inca Garcilaso de la Vega, Pedro Cieza de León, Hernán Cortés, López de Gómara, Diego Durán, Francisco Ximénez, fray Toribio de Benavente, fray Bernardino de Sahagún, fray Francisco Vásquez.

Venezuela Indígena

se terminó de imprimir en noviembre de 2012
5.000 ejemplares